



Viajeros y fotógrafos de la historia de Murcia

Taller de Historia del Archivo General



Tres Fronteras
EDICIONES



**Viajeros y fotógrafos
de la historia de Murcia**

Viajeros y fotógrafos de la historia de Murcia

Taller de Historia del Archivo General



Tres Fronteras
EDICIONES

Viajeros y fotógrafos de la historia de Murcia

1ª edición: septiembre de 2010

© Taller de Historia del Archivo General

© Ediciones Tres Fronteras

Consejería de Cultura y Turismo



Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-7564-554-4

Depósito Legal: MU 957-2010

Impreso en España - *Printed in Spain*

Diseño gráfico: Paparajote

Imprime: O. A. BORM

Índice

<i>Viajeros murcianos, 1882-1927</i>	9
Juan González Castaño	
<i>El gran descubrimiento. Murcia: L. Guirao Girada</i>	31
María Manzaneda	
<i>Aproximación al análisis de relatos de viajeros extranjeros que escribieron sobre Lorca en los siglos XVIII y XIX</i>	47
Ginesa Martínez de Vas	
<i>Viaje a la memoria a través de la fotografía</i>	87
José Fernando Vázquez Casillas	
<i>Dibujando el tiempo</i>	107
Soren Peñalver	

Viajeros murcianos, 1882-1927

Juan González Castaño

Introducción

Es sabido que, desde tiempos clásicos, las personas han tendido a dejar sus vivencias de viaje en libros, mucho más si el recorrido había tenido lugar por regiones o países considerados exóticos o poco explorados. Dos de las primeras narraciones conocidas son los épicos periplos de Annón e Himilcón. Aquél salió de Cartago y llegó al Golfo de Guinea, tras internarse en el desconocido Atlántico. Himilcón, otro cartaginés casi contemporáneo del anterior, navegó por el mismo mar en dirección norte, a la búsqueda de las Casitérides, las islas del estaño, metal fundamental para, amalgamado con el cobre, dar lugar al codiciado bronce, pues la explotación de sus minas lo haría inmensamente rico. Otro interesante, pero duro viaje, fue el de los diez mil mercenarios griegos, al frente de los cuales estaba Jenofonte, desde las tierras de Babilonia a su patria, tras haber sido reclutados por Ciro el Joven para luchar a sus órdenes, narrado en la *Anábasis*. Sin olvidar el *Libro de las Maravillas del Mundo*, en el cual el veneciano Marco Polo, en el siglo XIII, acompañando a su padre y tío, contó las peripecias sufridas hasta llegar a China, donde permanecieron varios años al servicio de su soberano, que ha sido uno de los más leídos desde hace setecientos años por personas de todas las edades.

A partir del siglo XVIII se pone de moda dejar por escrito las *impresiones de viaje*, algo que se verá considerablemente aumentado, junto a las *Memorias*, tras las guerras napoleónicas, en particular en Francia e Inglaterra. La cumbre de ese tipo de obras la marcará el Romanticismo y sus viajeros, que tienen en España

uno de los destinos favoritos, donde desean contemplar los monumentos islámicos de las capitales andaluzas; deleitarse con las danzas de los gitanos en las cuevas del Sacromonte granadino; o ser atracados por bandoleros de largas y pobladas patillas, montados a lomos de caballos de pura raza árabe, con facas en las fajas y pañuelo en la cabeza, que les apuntan con un trabuco, mientras los demás de la gavilla los despojan de equipajes y dinero, algo que, rápidamente, fijarán en sus diarios y escribirán en cartas a amigos y familiares, con líneas llenas de temor y de satisfacción, a partes iguales, por haber cumplido con un rito, el del robo en despojado, que ven como *typical* en un país en el que cualquier cosa podía suceder.

Un gran impulso a la literatura de viajes lo darán Julio Verne, Pierre Loti o Emilio Salgari, los cuales recrean fantásticos recorridos por remotas regiones, que son leídos ansiosamente por un público deseoso de descubrir el mundo desde su sillón.

España no constituye una excepción en tan interesante narrativa, aunque su producción no alcance la abundancia de títulos de otros países de Europa. No obstante, hay escritores que recrean sus viajes en libros o por medio de colaboraciones en los periódicos, papeles que conocen un enorme crecimiento a partir del primer tercio del siglo XIX, que, a veces, recogen en un posterior volumen.

Así, a manera de ejemplo, Modesto Lafuente, con el pseudónimo de *Fray Gerundio*, trató, en dos tomos publicados en 1842, del recorrido realizado por Francia, Bélgica, Holanda y las orillas del Rin. Pedro Antonio de Alarcón logró merecida fama con su conocido viaje de Madrid a Nápoles, 1861. Blasco Ibáñez, impenitente viajero, sacó la obra *París*, en 1893; *Oriente*, en 1908, en la que contaba su periplo hasta Turquía el año anterior; y la interesante *La vuelta al mundo de un novelista* en 1924, en tres volúmenes. Carmen de Burgos, *Colombine*, editó sus impresiones al recorrer lugares de Suiza, Dinamarca, Suecia o Noruega...

Los libros de viaje en Murcia

En tierras murcianas no fue muy practicada esa literatura, no porque la gente no viajara, que lo hacía y mucho en todos los tiempos, sino porque sus recorridos y peripecias, si llegó a plasmarlos en diarios, cartas o relatos manuscritos, se han perdido al no gozar del favor de la imprenta. Mientras, como ha demostrado la profesora Cristina Torres-Fontes, no fueron pocos los visitantes que relataron sus visiones y descripciones de ciudades y tierras de Murcia, en especial de la capital, de Cartagena y de los pueblos de la Depresión Prelitoral, por donde entraban o salían de Andalucía¹.

Pese a lo dicho, hay unas cuantas obras en las que reputados murcianos, pertenecientes a la oligarquía capitalina, recogieron las impresiones de sus periplos, que, casi todos, habían publicado antes como artículos en periódicos de su ciudad.

En este trabajo voy a comentar los seis localizados hasta ahora, escritos por cuatro personas y fechados entre los años 1882 y 1927, en los que, con evidente buen estilo, van comentando lo que ven y sienten en sus recorridos, para envidia de los lectores que se acercan a saber de sus aventuras en las páginas de los diarios o de los libros recopilatorios, pues aunque hay una séptima obra, publicada en Cartagena, en 1886, en la imprenta de H. García, escrita por el futuro ministro de Marina don Segismundo Bermejo, y titulada *Impresiones de viaje*, en la que narra lo acontecido en su visita, cuatro años antes, a Francia, Alemania, Austria, Suiza e Italia para estudiar las Marinas y conocimientos náuticos de algunas de esas naciones, no la he tenido en cuenta por no ser el autor natural de Murcia, sino de San Fernando (Cádiz) y haberla editado, accidentalmente, en esa ciudad murciana.

¹ *Viajeros extranjeros por el Reino de Murcia*, 3 volúmenes. Murcia. Asamblea Regional de Murcia y Real Academia Alfonso X el Sabio, 1996.

El primero es el protagonizado por don José María Fuentes, que vio la luz en 1882, con el título de *Impresiones de un viaje a Palestina*, en la imprenta de *El Diario de Murcia*, aunque lo fue dando en capítulos en ese periódico. El redactor, del que nada he encontrado de su biografía, emprendió el viaje en septiembre del año anterior, dentro de la peregrinación general auspiciada por católicos de España hacia aquella bíblica tierra. Embarcó en el puerto de Barcelona el 26 de septiembre, en el vapor *Santiago*, junto con otras 200 ó 300 personas, y, diariamente, se dedicó a apuntar lo que iba viendo en la lejanía o en el interior del buque.

Así, el día 1 de octubre, al pasar cerca del litoral griego, evoca una estancia anterior en Italia, conquistadora de Grecia, y lo que contempló y sintió ante las ruinas de Pompeya. Cerca del delta del Nilo lamenta no poder desembarcar en alguno de sus puertos para visitar El Cairo y sus monumentos.

El 5 del mismo mes, por la mañana, llegan a Jaffa los expedicionarios y son llevados a hospedarse al convento franciscano de la ciudad, donde son atendidos con mimo por sus moradores. Después de comer y vestirse de *medio árabes* para evitar el calor del lugar, se dirigen a ver los edificios más señeros, mientras el murciano recuerda su extensa historia, cimentada en tiempos muy antiguos. Al día siguiente, a la una de la madrugada, son despertados para desayunar y ponerse en marcha hacia Jerusalén, montados en carruajes capaces para seis personas, a cuya cabeza va el del cónsul español. Tras atravesar la llanura de Sarón, donde, aclara, Sansón venció a los filisteos, llegan sobre las cinco de la mañana a Rama, la antigua Arimatea, donde calman el frío con tazas de café. Al poco, parten hacia Jerusalén por la única carretera digna de ese nombre existente en el país, construida poco tiempo antes para facilitar el viaje del emperador de Austria a los Santos Lugares. Pasando por evocadores pueblos, cargados de reminiscencias bíblicas y, tras descansar en amenos sitios, a las cinco de la tarde, dan vista a Jerusalén, momento en que toda la comitiva se apea y los sacerdo-

tes entonan el salmo que empieza *Letatus sum in his que dicta sunt mihi*. Entran los viajeros en la ciudad por la puerta de Jaffa, donde estaban esperándolos el cónsul y el vicedcónsul de España y varios franciscanos, y marchan hacia la iglesia del Santo Sepulcro, donde se conmueven por estar en tan simbólico lugar para los cristianos. Luego se dirigen a la hospedería franciscana, denominada *Casa Nova*, que será su residencia mientras permanezcan en la urbe.

Los capítulos tercero y cuarto los dedica don José María a describir el pasado y presente de Jerusalén, a visitar los sitios ligados a la vida y muerte de Cristo y a los sagrados para el Islam, como las mezquitas de Omar y de Al-Aqsa. El siguiente lo llena la expedición a Belén y a San Juan de la Montaña, donde describe, con detenimiento, el pueblo, los frondosos alrededores, las Grutas de la Leche y de la Natividad, y el templo de San Juan de la Montaña, levantado sobre los restos de la casa de Zacarías e Isabel, padres de El Bautista.

En los tres capítulos siguientes, que abarcan los días entre el 14 y el 19 de octubre, narra los desplazamientos hasta la zona del Jordán y del Mar Muerto, a Nazaret y al Monte Carmelo, y sus paseos por Jerusalén y sus proximidades; en el último, trata sobre los preparativos para volver a España y la travesía de regreso en el mismo barco que lo trajo a Tierra Santa, el *Santiago*. Llegaron los expedicionarios a Barcelona el 30, después de una tranquila singladura, desde allí el murciano telegrafió a su esposa para comunicarle que estaba bien y, pocos días después, arribaría a su casa.

Antes de cerrar el libro, confiesa que el realizado es el viaje que más le ha satisfecho y aboga porque esas visitas a los Santos Lugares las repitan muchos más españoles *con ellas se haría un gran bien á la iglesia católica, entre otras razones porque demostrarían allí más interés los católicos, pudiendo hacer los franciscanos más eficaz su propagan*. Concluye asegurando a los lectores de *El Diario de Murcia* que todo lo escrito es el verídico relato de lo acontecido en Palestina.

El siguiente escritor es don José María Servet Brugarolas, conocido entre sus amigos por *Pimpim*. Según se desprende de la lectura de los dos libros que voy a comentar seguidamente, era un enamorado de los viajes, dado que podía permitírselo por gozar de una importante fortuna personal. De todos los periplos que hubo de hacer, que fueron muchos, únicamente dejó constancia por escrito de dos, los realizados a Constantinopla y a Argelia. Pero antes de tratar de ambos, voy a dar unos cuantos datos biográficos del autor.

José María Servet nació en Murcia, el 1 de mayo de 1855. Estudió en el Instituto Alfonso X el Sabio de su ciudad y amplió conocimientos en Ginebra, Suiza, al matricularse en cursos relacionados con el comercio, mientras aprendía francés y alemán. Vuelto a su localidad natal, fue elegido senador en 1907 por la circunscripción de Murcia y falleció, soltero, el 13 de octubre de 1926 de rápida enfermedad, según se lee en las páginas de *El Liberal*.

Como antes he dicho, publicó dos libros, *Recuerdos de viaje. De París a Constantinopla*, en 1889² y *En Argelia. Recuerdos de viaje*, 1890³. El primer volumen y, tal vez también el segundo, salió en formato de cartas en el periódico *El Criterio Murciano*⁴, según dice el autor de las páginas del prólogo, nada menos que el varias veces futuro ministro de Alfonso XIII, don Juan de la Cierva y Peñafiel, que, a la sazón, regentaba un bufete de abogados a medias con su hermano Julián y bajo la tutela de su padre, el notario don Juan de la Cierva y Soto, después de una estancia de tres años en el prestigioso Colegio Español de Bolonia.

El recorrido lo realizó durante el verano de 1887. Salió de París para concluirlo en Viena, mas, al llegar a la imperial ciudad,

² Murcia. Tipografía de Anselmo Arques. Existe edición facsimilar, con estudio científico de Juan González Castaño, en Editora Regional de Murcia. Murcia, 2005.

³ Madrid, Imprenta de Tomás Minuesa.

⁴ Periódico del que quedan muy pocos números. Ver Antonio Crespo Pérez: *Historia de la prensa periódica en la ciudad de Murcia*. Murcia. Real Academia Alfonso X el Sabio, 2000, páginas 181-184.

decidió alargarlo hasta Constantinopla, cuando un amigo suyo le convenció de las maravillas que encerraba la mítica urbe del Cuerno de Oro. En la obra abundan las menciones a cosas que interesaban a un hombre culto de la talla de Pimpim, como museos, procesiones, desfiles militares, palacios, sistemas políticos, urbanismo..., sin olvidar las fiestas populares, cuyo estudio se iba imponiendo en Europa en esos años merced a las sociedades de folklore instituidas en muchas de sus ciudades, que valoraban la descripción y análisis de las costumbres, usos y ceremonias del pueblo llano.

Como español, va comparando lo que ve con lo existente en su patria o en su provincia. Por ejemplo, cuando se sienta en los cafés en Berlín, observa que los alemanes son muy aficionados a la lectura, pues no hay establecimiento donde no le ofrezcan algún periódico de los muchos que los clientes tienen a su disposición, mientras en España lo que se escucha en esos lugares son los ruidos de la juerga y de las fichas de dominó al chocar con el mármol de las mesas. La vestimenta de los paisanos húngaros le recuerda los zaragüelles de los agricultores murcianos.

Sin embargo, al tratar de la belleza de las mujeres alemanas y de las españolas, ganan éstas por un tanteo abultado, pues dice: *No se ven por aquellas tierras pies diminutos capaces de hacer saltar de Cádiz al Puerto á cualquier entusiasta, ni esas manos inverosímiles creadas sin duda únicamente para recibir respetuosos besos, ni esos talles flexibles que se balancean en graciosas cadencias, ni esos ojos negros brillantes de abrasador fulgor, ni los dulces y melancólicos ojos de nuestras angelicales rubias.*

La obra consta de 49 capítulos, de los cuales los nueve primeros se refieren al recorrido de París a Viena y el resto a la ida y vuelta a Estambul. En los trenes y en los barcos que lo transportan deja testimonio de su dominio de lenguas, al hablar con diversas personas, con las que traba amistad, en francés y en alemán. Si el viaje hasta la capital de Austria le encanta por, digámoslo así, civilizado; el que continúa hasta Constantinopla

le extasía, en particular la estancia en esa ciudad, por descubrirle paisajes, usos y costumbres muy diferentes a los existentes en las ciudades de Europa.

Conoce la historia de los sitios por donde transita y la cuenta en los capítulos correspondientes, como sucede en Budapest, mientras la sazona con descripciones de festejos populares o de danzas de zingaros. Cuando arriba a la urbe fundada por Constantino, se conmueve verdaderamente y dice: *Nunca olvidaré la emoción que me produjo el panorama maravilloso que se desarrolló ante mis ojos. Fascinado dirigí una mirada á las ya próximas orillas mientras el vapor, después de pasar entre los promontorios erizados de cañones que defienden la entrada del Bósforo, penetraba en el impetuoso trozo de mar que separa dos continentes uniendo á la vez el Mar Negro con el de Mármara.*

A partir del capítulo 19, se vuelca en describir la realidad de la ciudad, con menciones a los palacios, baños, murallas, mezquitas, o a las diversas etnias y religiones que constituyen la población de Estambul, como la armenia, la judía, la musulmana o la griega, con un evidente respeto hacia sus costumbres y credos. La vuelta la hace con tristeza y conmovido por las maravillas que encierra la antigua Bizancio. Toma un tren en la localidad búlgara de Varna, situada en el Mar Negro, que le lleva a la de Ruttschuck, donde coge el famoso Orient-Exprés, línea ferroviaria que tenía, por aquel entonces, sólo cuatro años de existencia y, tras un trayecto de setenta y dos horas, arriba a París, donde concluye el libro.

Pienso que el viaje a Argelia lo realizó al año siguiente, aunque en ningún momento dé una fecha ni diga el tiempo en que lo efectuó. El libro carece de prólogo y posee 35 capítulos, tan breves como los del anterior. Comienza con el vapor *Désirade* saliendo del puerto de Cartagena sobre las dos de la tarde de un día cualquiera, en el que viaja Servet con otras veinte personas. Completa la travesía hasta Orán en poco más de diez horas, pues,

en torno a la media noche, comienzan a desembarcar los pasajeros en los muelles de esa ciudad. Don José María va a hospedarse al *Hotel Continental*.



Servet Brugarolas

En el capítulo segundo se explaya en hablar de Argelia para, en el siguiente, hacerlo de Orán, en el que se lamenta de que su país hubiera consentido la pérdida de tan fértil territorio *¡por la torpeza de nuestros Gobiernos (...) á las puertas mismas de España, virgen de cultivo y regado durante varios siglos con la sangre de nuestros abuelos!*, pues los españoles son las dos terceras partes de la población de la ciudad. Habla, en el cuarto, del murciano don Antonio Riera, residente en Orán y médico de la colonia española, quien, al leer el nombre de Servet en la relación de desembarcados, publicada por un periódico, se apresura a ponerse a su disposición y a servirle de guía por la localidad y sus alrededores.

Desde Orán se traslada a Tremecén, ciudad de la que da numerosos datos históricos y describe con detenimiento, haciendo hincapié en la tumba del santón Sidi-el-Hauí, y en la legislación e instrucción pública de los indígenas. También describe un banquete árabe, en el que come alcuzcuz, que considera plato nacional de Argelia, y del cual copia la receta. Luego va a Sidi-bel-Abbes, a unos 90 kilómetros de Tremecén, y se encuentra con el murciano don Francisco Establier, que vive con su tía en una hermosa casa y le enseña el pueblo.

Desde aquí marcha a Blida y a Argel, donde discurren los siguientes 20 capítulos, en los cuales aprovecha para dar interesantes pinceladas sobre aspectos de la ciudad moderna, construida por los franceses, dueños del país desde 1830, y de la *Kasba*, o barrio árabe; para hablar del Corán y de sus prácticas religiosas, de la diversidad de tipos y religiones, del matrimonio entre musulmanes, del harén, de los tribunales de justicia y, como no podía faltar, de las fiestas populares argelinas, entre las cuales le impacta una ecuestre. El último lo reserva para describir el viaje hasta Orán en tren y el embarque en el vapor *Salvador*, que lo conduce de vuelta a Cartagena. En el barco reflexiona sobre las experiencias vividas: *Con los ojos fijos en aquellas playas africanas que huían lentamente, balanceados por las olas,*

adormecidos por la calma solemne que nos rodeaba, los recuerdos de los panoramas y de las escenas que más nos habían impresionado, revivieron en mi imaginación, y, en medio de aquel sopor, surgieron como evocados por mágico poder los jardines de Blida, las mezzitas de Tremecén destacando su níveo blancor sobre el verde oscuro de los bosquecillos, la tortuosa Kasba argelina, los austeros trapenses, el inolvidable panorama de la blanca ciudad de los corsarios, el esplendor de la fiesta morisca con sus hermosas mujeres y sus danzas voluptuosas, el simulacro guerrero de Bu´Farik, la figura sombría del silencioso Aghá y la delicada silueta de la gentil francesa, los agrestes desfiladeros de la Chiffa y los risueños valles de Mustaphá, el barrio negro de Orán y la confusión de tipos dominados por el blanco albornoz árabe.

Saltemos al siglo XX para tratar de los viajes emprendidos por don Emilio Díez de Revenga y don Isidoro de la Cierva.

El primero visita, en el verano de 1912, Francia, Alemania y los Países Bajos y va relatando lo que ve en artículos en el diario *El Tiempo*, que recoge en un librito de 56 páginas ese año, editado en la imprenta del mismo periódico, titulado *Impresiones de viaje* y dedicado a don Juan de la Cierva y Peñafiel, al que reconoce como jefe, por militar en el Partido Conservador, que él dirigía en la provincia y con el cual sería alcalde de la ciudad de Murcia y diputado a Cortes. Nacido en la capital provincial, en 1875 y fallecido en ella en 1932⁵, tenía, pues, 37 años cuando realizó el viaje, cuya narración abre en París, en el mes de julio.

En la primera entrega indica que hay un París que se aparta del que han vendido como prototipo de la diversión, con sus cabarets, sus apaches o su champagne, que es el artístico, arqueológico y religioso al que va a dedicar las páginas que siguen. Para ello, monta un observatorio ideal en las alturas para descri-

⁵ Datos extraídos de la *Gran Enciclopedia de la Región de Murcia*, volumen 4, p. 49. Vitoria. Fournier Artes Gráficas, 1994.

bir lo que advierte en una urbe de más de dos millones y medio de habitantes. A continuación, trata del barrio de la Universidad, donde se alza la Sorbona, célebre por la enseñanza que impartía e imparte, para seguir hablando del Panteón, del Senado, del Palacio de Luxemburgo y de los Inválidos, donde descansa el cuerpo de Napoleón,



Impresiones y recuerdos

En el tercer capítulo narra lo que ve en la Plaza de la Ópera, en los boulevares de los Campos Elíseos, en el Bosque de Boulogne, en las Tullerías..., donde hay un continuo trasiego de carruajes y de automóviles, mientras las zonas ajardinadas cuentan con magníficos árboles, hermosos lagos, donde nadan patos y cisnes, y parterres y avenidas, en las que se solaza un sinfín de paseantes. Trata, igualmente, de las colecciones del Louvre, de la isla de la Cité o de la grandiosa catedral de Notre Dame, de la que dice: *mientras la prodigiosa Basílica de Nuestra Señora presida la ciudad capetiana, cabrá la esperanza de que la fe restañe las heridas y las úlceras pestilentes de la sociedad de Francia.*

En tren, marcha de París a Alemania. Entra en el país por la localidad de Avricourt, donde le registran el equipaje los aduaneros, para seguir hasta Pforzheim, al norte de la Selva Negra, ciudad industrial, en la que más de 30.000 obreros en un millar de fábricas producen inmensas cantidades de bisutería. Recorre una de ellas y, al salir, ve unos hermosos edificios, y pregunta al guía qué son, le responde que escuelas. Entonces recuerda que en el país la enseñanza es obligatoria y en su ejército no existen soldados analfabetos.

En Pforzheim asiste a misa un domingo de agosto en un severo templo desprovisto de adornos, en el que siente el amor de los católicos alemanes por su fe. Compara el desarrollo de la ceremonia con las de su tierra e indica: *Nosotros, ciudadanos de la católica España, recordamos haber visto muchas veces á los hombres, que todavía van á Misa, entrar perezosamente, colocar el sombrero en un altar y acomodarse en las penumbras de un arco esperando indiferentes que pasen los veinte minutos que los días festivos dedicamos al culto de Dios. Nosotros hemos oído decir muchas veces que eso de usar devocionarios y seguir el Oficio divino y cantar á los acordes del órgano é hincar las rodillas, son cosas de beatos y de mujeres, que padecen la sugestión clerical, intolerable y retardataria que nos sofoca.*

Al abandonar la iglesia, es conducido en un coche a visitar la Selva Negra, Wildbad y Baden-Baden. Le impresiona la espesura de los montes y, en Baden-Baden, las muchas personas que acuden a tomar las famosas aguas de sus baños, situados en soberbios edificios. Al poco, parte para Berlín, donde le llama la atención la larguísima *Friedrichstrasse*; la Puerta de Brandeburgo *construida á imitación de los Propileos de Atenas y coronada por una cuadriga de la Victoria*; y la disciplina que se respira por todas partes, especialmente en el ejército. Admira los principales monumentos, accede a la columna de la Victoria, para contemplar la ciudad desde la altura, y concluye diciendo que el pueblo alemán es grande porque tiene disciplina y une a los ciudadanos un sentido de solidaridad ante los destinos nacionales.

De Berlín va a Hamburgo, ciudad en la que monta en barco en el río Elba, desde el cual ve el zeppelin *Hansa* cruzando el cielo, y se sorprende de lo miles de buques de todas las banderas que hay en el puerto. Continúa hasta Malinas y Amberes en tren, desde el que divisa las bóvedas de la catedral de Colonia, y, al cruzar por tierras de Brabante, evoca cuánta sangre española se vertió en ellas.

En Amberes, donde concluye el libro, asiste a los festejos organizados en honor de los reyes Alberto e Isabel, que visitan la ciudad por vez primera desde que accedieron al trono, con motivo del centenario del literato Hendrik Conscience. Don Emilio entra en la catedral, a contemplar cuadros de Rubens, pasea sus cuidadas calles y se acerca al Ayuntamiento, donde *un estremecimiento de orgullo y alegría hace vibrar fuertemente todas las fibras de mi corazón. El escudo grande, colosal, que preside el edificio es, todavía... el escudo de mi patria.*

La segunda obra la titula *Impresiones y recuerdos de un viaje por el norte de Italia*, la publica en 1927, en la murciana imprenta de Sucesores de Nogués, y consta de cien páginas, repartidas en doce capítulos y un apéndice. La dedica a la Real Sociedad Eco-

nómica de Amigos del País de su ciudad y por esas líneas nos enteramos de que viajó en calidad de Subcomisario de la Seda, en la delegación española del II Congreso Sérico de Milán.

Sale de Murcia hacia Barcelona en mayo, ciudad en la que es recibido por unos amigos que, inmediatamente, lo llevan a Monjuich, al Palacio de Exposiciones, a contemplar el pabellón sedero, donde tres mujeres, de Murcia por más señas, se afanan en hilar esa fibra. Después de admirar Barcelona desde arriba, él y sus compañeros congresistas parten para Italia, vía Costa Azul.

En Montecarlo, se detienen unas horas y aprovecha don Emilio para visitar el Gran Casino, en el que juegan muchas personas. Siguen viaje hacia Italia en tren y entran por Ventimilla, ciudad en la que permanecen un par de horas, durante las cuales advierte el autor la cantidad de fascistas, de *camisas negras*, que patrulla sus calles y las muchas siluetas del *Duce*, grabadas en tinta negra, con la leyenda en italiano *Ay si le tocáis*, que se encuentran pintadas en las paredes de los edificios. Llegan a Génova, donde pernoctan en el *Hotel Issota*. Por la mañana recorren la urbe, el puerto y la catedral de San Lorenzo, mientras admiran los impresionantes palacios antiguos y el monumento a Cristóbal Colón.

Ya en Milán, se presenta a la delegación española el señor Heberlein, vocal de la Cámara de Comercio de la ciudad, designado por ésta para acompañar a sus miembros. Con él visitan la urbe, de la cual a Díez de Revenga le impresiona el *Duomo*, con sus agujas y cresterías, y el *Castello Sforcesco*. Los capítulos del quinto al octavo están dominados por las sesiones del Congreso Sedero y sus actos culturales, entre los cuales don Emilio menciona el concierto en la *Scala*, la visita a la exposición del centenario de Volta o la excursión al Lago de Como, cantado, aclara, por Virgilio en sus *Geórgicas*. Concluida la magna reunión, se acuerda que la siguiente se haga en España.

Salen los delegados españoles de Milán en ferrocarril y se dirigen a Padua y Venecia, vía Verona y Vicenza. De estas dos

ciudades evoca su pasado el murciano, cristalizado en el anfiteatro de la Arena y en el *Castel Vecchio* de la primera y en los monumentos palladianos de la segunda.

En Padua, guiados por el profesor Pigorini, recorren los congresistas la Estación Sericícola; más tarde, se dirigen a la *Annunziata*, a ver los frescos del Giotto, a la basílica de San Antonio y a la Universidad. Ya en Venecia, les encantan los canales y sus edificios renacentistas, la plaza de San Marcos con su palacio ducal y el Lido. Desde la Ciudad de la Laguna parten hacia los Alpes, por la llanura del Véneto. En la localidad de Vittorio se detienen para visitar una fábrica de semillación y hacer alguna escapada a otros lugares de interés. Luego, aceptando la invitación de los señores Bernades y Vilumara de ir a Barcelona, a través de Suiza y París, don Emilio, a finales de junio, atraviesa el túnel de San Gotardo en tren y penetra en Suiza.

Desde aquí se dirige a París, capital que no ha visto desde el año 1912, como subraya, mientras se pregunta cuánto habrá cambiado. Al llegar, la encuentra triste, como si no se hubiera recuperado de los estragos de la Gran Guerra, pese a haberla ganado Francia. Poco después, sale hacia España, a la que llega por Hendaya. *Luego las montañas vascas, las llanuras castellanas, los campos manchegos, Murcia. ¡Murcia! Poco más de un mes duró la ausencia en que miré otro cielo, traté otras gentes, recorrí otras huertas de gusanos y moreras... ¡y ya me espoleaba el anhelo de verla! El tren se adentra en nuestro valle espléndido. Aquí mi Cielo, mi Torre, mi Fuensanta, mis moreras, mis gusanos...*

Don Isidoro de la Cierva y Peñafiel (1870-1939), notario y ministro, hermano de don Juan, jefe de los conservadores murcianos, realizó una visita a Marmolejo (Jaén) para tomar las famosas aguas de su balneario, en junio de 1925, acompañado por su esposa y una de sus hijas. El recorrido hasta llegar a la localidad lo contó en la obra *De Murcia a Marmolejo. Rápidas impresiones de viaje por Isidoro de la Cierva, mayo y junio de 1925*, editada en la imprenta de *El Tiempo*, que consta de dieciséis capítulos y de 92 páginas.

En las primeras líneas confiesa que dio una amplia vuelta por Granada, Cádiz y Sevilla para compensar a sus familiares de *la aburrida tranquilidad de Marmolejo*. Relata el viaje hasta la primera ciudad, su alojamiento en el *Hotel Alameda*, la visita a los monumentos islámicos, a alguna iglesia, a la cartuja y la excursión a Sierra Nevada, en un tranvía de poco fiar, por tener fama de romperse con frecuencia, en cuya subida le embarga la emoción al atravesar bosques de castaños y nogales, entretanto admira la verde vega, perfectamente regada por los ríos Genil y Darro. En la sierra, se hospeda con sus acompañantes en un buen hotel y descubre que no necesita ropa de abrigo, mientras le extasían los picos cubiertos con nieves perpetuas. La vuelta a Granada, como la ascensión, la hacen los Cierva sin problemas.

Desde esta ciudad marchan a Algeciras en tren. Desde el vagón van observando diversos paisajes en Loja, Ronda, Bobadilla..., que dejan paso a un espeso alcornocal, del que se extraen muchas toneladas de corcho, aclara el autor, cerca de la costa y, pronto, a la visión del Estrecho y del Peñón de Gibraltar, frente a los cuales se yergue la costa africana. Llegan a Algeciras el 20 de mayo y se dirigen a la Compañía Transmediterránea, a sacar pasajes para Tánger, donde les dicen que precisan obtener pasaportes, y al *Hotel Reina Cristina*, en el que tienen reservas, a asearse y cenar.

Al día siguiente, marchan a Gibraltar, en un barco de ruedas, a través de la Bahía de Algeciras, en una travesía que dura media hora. Destaca don Isidoro que la colonia ha construido sus viviendas mirando hacia España, mientras en la parte que da a la costa africana sólo existe un paseo y las más importantes fortificaciones de la plaza. Describe la calle principal, y casi única, llena de gente, de coches y de comercios muy bien surtidos de todo tipo de mercancías, y se maravilla de que los habitantes hablen español perfectamente. Vueltos a Algeciras, se preparan para partir hacia Tánger.

El 30 de mayo, hacen la travesía en el vapor *Llovera*, instalados en sillones de mimbre en la segunda cubierta. Al arribar al puerto, la mar está encrespada y descienden del buque con precaución y ciertas dificultades. Aposentados en el *Hotel Cecil*, se disponen a recorrer la ciudad, acompañados de un joven intérprete, que les conduce a la alcazaba, a los zocos, a la zona española y, por deseos de la señora de don Isidoro, a ver una casa musulmana. Al día siguiente, asisten a misa en la Misión Franciscana y se disponen a embarcar en el mismo buque que les trajo, lo que logran no sin ciertos problemas, derivados de la marejada existente. Al avistar la costa española, el mar se tranquiliza y el barco puede atracar en buenas condiciones.

El primero de junio, muy temprano, parten para Cádiz en el coche que hace el viaje diariamente. Circula por una carretera paralela al océano, lo que les brinda la posibilidad de admirar el paisaje del Estrecho. Hacen una parada en Tarifa y otra en Véjer de la Frontera, donde toman un tentempié, y siguen hacia Cádiz, pasando por Chiclana y San Fernando, a donde llegan sobre las once y media de la mañana y se apean en la Plaza de San Francisco. Inmediatamente, se dirigen a las oficinas de la Compañía Transmediterránea para interesarse por el buque que debe conducirlos a Sevilla. Les dicen que se llama *Capitán Segarra* y viene con retraso, por lo cual optan por tomar hospedaje en Cádiz y probar el sabroso marisco de la ciudad, lo que hacen en un restaurante de la calle de San Francisco. A continuación, marchan a ver la catedral, el extinguido convento de los Capuchinos, el Museo de las Cortes, el de Bellas Artes, el Teatro y a pasear por los muelles. Deciden visitar San Fernando, para lo cual alquilan un auto que les deja en la puerta del Arsenal, espacio que consiguen recorrer por permiso expreso del capitán general del Departamento. Luego se acercan al famoso Observatorio, creado a mediados del siglo XVIII por el marino Jorge Juan, donde admiran las colecciones de instrumentos náuticos.

Vueltos a Cádiz, a las seis de la tarde se hallan a bordo del *Capitán Segarra*, que les lleva a Sevilla remontando el Guadalquivir. Cuando desembarcan, les está esperando un automóvil del *Hotel Madrid*, que será su residencia mientras permanezcan en la capital andaluza. Por la mañana, saludan al músico Emilio Ramírez, con quien tenían amistad por haber vivido un tiempo en Murcia, que les servirá de acompañante por la ciudad. Comenzaron la visita por el barrio de Santa Cruz, lo siguieron por los jardines de Murillo y el Paseo de Catalina de Ribera y, tras tomar un tranvía, lo finalizaron en la Exposición Ibero-Americana y en los jardines de María Luisa, que el autor describe con detenimiento. Regresan al hotel, donde se despide el señor Ramírez, que tiene exámenes de música. Después de almorzar, desea don Isidoro llevar a su familia a ver la catedral y el alcázar, pero lo impide una inoportuna lluvia, que los deja encerrados el resto de la jornada.

Al día siguiente, con el asesoramiento de Ramírez, se dirigen al alcázar y a la catedral, en la que admiran el soberbio edificio y sus obras de arte y de orfebrería. Quedan extasiados ante el conocido cuadro de San Antonio de Murillo, colgado en la capilla del santo de su nombre. Comen en el hotel y, por la tarde, visitan el Museo Arqueológico y el de Bellas Artes; la Macarena; la parroquia de San Lorenzo Mártir, donde adoran al Cristo del Gran Poder, talla de Martínez Montañés; el barrio de Triana y sus iglesias; el edificio del Ayuntamiento y la calle Sierpes. Terminan el día en el Teatro del Duque, donde la compañía Vallejo ponía en escena la zarzuela *El Molino de la Viuda*, con música del maestro Alonso.

El 5 de junio llegan a Marmolejo desde Sevilla, en el rápido de Madrid. Se instalan en el *Hotel de los Leones* y, tras leer la correspondencia recibida de Murcia, don Isidoro redacta unas cuantas líneas sobre la situación, urbanismo, edificios importantes, economía, características de las aguas e historia de la localidad. En ella, llevarán una vida tranquila, sólo saldrán del hotel

para tomar las aguas de los balnearios o para asistir al teatro, pero hacen dos escapadas. Una para ir a Córdoba, donde les espera su cuñado Julio, y visitar, entre otros edificios, la mezquita, el Museo de Bellas Artes, monumentos en los que extiende en explicar su grandeza y contenido, y las ermitas de la sierra; otra para acercarse a Andújar, a adorar a su patrona, Nuestra Señora de la Cabeza. De la ciudad giennense describe las parroquias, da el número de habitantes y trata de la economía de la zona, en la que sobresale la conocida alfarería. Al hablar del santuario de la Cabeza, cuenta la Cierva la piadosa leyenda de la aparición de la Virgen morena al pastor Juan Alonso de Rivas, en 1227, mientras admiran los viajeros los riquísimos mantos que posee la imagen, algunos regalados por reyes y reinas de España. El libro lo cierra don Isidoro escribiendo que, en dos días, terminarán la cura de aguas y regresarán a Murcia, vía Alcázar de San Juan y Albacete, Y que si el año próximo les aconseja el médico hacer lo mismo lo acatarán con mucho gusto, por lo bien que lo han pasado durante el mes que han estado de viaje.

El gran descubrimiento.
Murcia: L. Guirao Girada

María Manzanera

Creo que por nacer y vivir entre fotografías, que cada vez nos rodean en mayor número y con mayor variedad de técnicas, no somos conscientes de lo que su aparición significó para la historia de la humanidad y más específicamente, para la historia del arte.

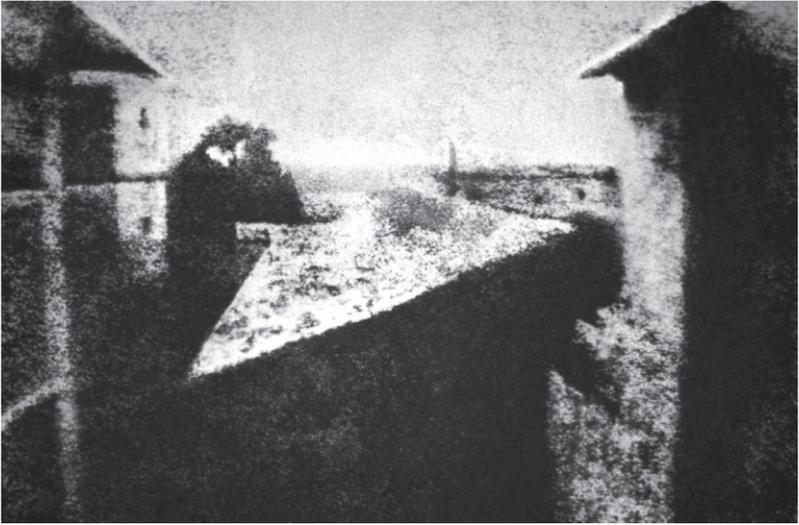
Si algún periodista hiciera una encuesta entre el público, esas encuestas que se hacen por la calle, sin distinción de edad ni de clases sociales, y preguntara «Quién descubrió la fotografía», casi el 100% no responderían, y me atrevo a decir que si esto lo hicieran en las distintas facultades de la universidad, entre profesores y alumnos, responderían muy pocos.

De esto es especialmente culpable el sistema educativo donde la fotografía ha sido tratada con gran ingratitud, negándole la importancia y el respeto que merece.

Por eso debemos tener un recuerdo para los tres grandes hombres, que junto con otros anónimos, la hicieron posible.

Cuando entre 1824 y 1826, Nicéphore Niépce logra retener una imagen sobre una placa de cobre, sin que desaparezca al darle la luz, no es por casualidad; anteriormente había una larga cadena de experimentos dentro de la física y la química porque el deseo de reproducir, sobre una superficie, un trozo de la realidad, está presente desde el principio de la humanidad.

Niepce obtiene su imagen utilizando betún de Judea, sustancia utilizada por los grabadores y que él conocía por haber hecho grabados anteriormente, pero su imagen tarda muchas horas en impresionarse porque el betún de Judea es poco sensible a la luz, no obstante éste es un paso de gigante para la obtención de la fotografía.



Niépce. Perspectiva desde la ventana de su estudio (1826)



Daguerre. Composición. Daguerrotipo (1837)

Louis-Jaques Mandé Daguerre es el segundo hombre importante en este acontecimiento, él era un comerciante, no un científico como Niepce, y cuando conoce la existencia de estas imágenes se esfuerza en contactar con Niepce porque ve en ello una manera de poder comercializarlas. Tras una serie de negativas de Niepce, logra que le enseñe los secretos de su laboratorio y el procedimiento para obtener las imágenes y desde ese momento se dedica, por su cuenta a obtener sustancias que sean más sensibles a la luz, hasta que logra reducir el tiempo de exposición a una media hora. Entonces (muerto ya Niépce) decide mostrar *su* invento.

François Arago, diputado y miembro de la Academia de las Ciencias, hace las gestiones para que el Estado compre su invento y en junio de 1839 se hace público el acuerdo.

Daguerre había reducido el tiempo de exposición a 30 minutos, aproximadamente, dependiendo del tiempo atmosférico, pero este, aún largo, tiempo de exposición, no permitía plasmar más que paisajes o naturalezas muertas. Aun así, se desató una fiebre incontrolada por obtener daguerrotipos de todo lo posible.

La noticia del gran descubrimiento fue difundida por la prensa en todos los países y Henry Fox Talbot queda asombrado cuando lee la descripción de su propio descubrimiento.

Talbot era oriundo de Inglaterra, siendo como Niépce, un científico al que sólo le interesaban sus experimentos, que realizaba en Lacock Abbey, su domicilio habitual.

La descripción del daguerrotipo como técnica para lograr «apresar» un trozo de realidad quedando impreso en una superficie y pudiéndose observar a la luz del día, le era absolutamente familiar. Él había logrado ya eso mismo revistiendo un papel con una finísima capa de sales de plata y metiéndolo en la cámara oscura para que se impresionara, al igual que Daguerre hacía en su experimento; pero Talbot fue aún más lejos. Mientras que el

daguerrotipo era obra única, ya que por ser una superficie metálica no se podía reproducir, el científico inglés, una vez que sacaba la imagen negativa de la cámara oscura, impregnaba el papel con cera derretida volviéndolo translúcido y de esta manera podía sacar todos los positivos que quería: había nacido la verdadera fotografía.

Se hicieron experimentos continuos para hacer, cada vez más sensibles, las emulsiones de plata que debían impresionarse con la luz hasta que la realización de retratos fue posible. Sin embargo los principios fueron duros y las personas retratadas debían permanecer absolutamente inmóviles mientras la placa se estaba impresionando, esto duraba, según le época, entre 1 y 20 minutos.

Los fotógrafos buscaron todo tipo de subterfugios para mantener quietos a sus clientes: apoya-cabezas, columnas, veladores, balaustradas, etc. Todo valía con tal de que el aspirante a retratado superara la enojosa prueba. A menudo las lágrimas escapaban de sus ojos y, una vez que el torturado se serenaba, había que volver a intentarlo.

Los retratos de personas con la barbilla apoyada en la mano se hicieron tan populares que crearon una moda recogida en la pintura, hasta el punto de que las personas que se podían permitir un retrato al óleo, exigían a los pintores que se lo hicieran en esta postura, por considerarla elegante y en consonancia con los gustos del momento.

La fotografía invadió todos los campos, pero especialmente el de la pintura, en la que se aprecia notablemente su influencia.

A mediados del siglo XIX los pintores, bajo el aparente desprecio a la nueva técnica, se apoyaban e inspiraban en ella hasta el punto de inventar la forma de imprimir la fotografía ampliada sobre el lienzo para poder pintar sobre ella, de esta manera, la exactitud con la realidad y los contornos bien definidos, tan



Fox Talbot. Positivo y negativo de un vegetal (1839)

valorados en la pintura del momento, estaban asegurados. Por otro lado, el público ya no se conformaba con los imprecisos trazos pictóricos aceptados en tiempos anteriores, sino que exigían exactitud y fidelidad.

Desde la aparición de la fotografía es muy abundante el número de pintores que se sirve de ella partiendo de las tomas que hacían primeramente a sus modelos. Delacroix alababa las cualidades del daguerrotipo que podía reproducir hasta el menor detalle, mientras que al ojo del pintor acostumbraban a pasarle desapercibidos. Él mismo visitaba a menudo estudios fotográficos, en los que junto con el fotógrafo realizaba fotografías de modelos, que más tarde utilizaba en su estudio.

En Delacroix encontramos un pintor que no oculta esta íntima relación con la fotografía y describe, en su diario, las cualidades de esos daguerrotipos de desnudos femeninos que solía utilizar para realizar sus odaliscas, pero esta actitud no era frecuente. En la mayoría de los casos los pintores ocultaban cualquier inspiración fotográfica, así como que se sirvieran de fotografías para hacer sus pinturas, esto les hubiera supuesto, sin duda, un descenso de prestigio ante el público. La existencia de su utilización no se comprobó hasta su muerte, cuando en sus estudios se encontraron álbumes y cajas repletos de fotografías, algunas de ellas sorprendentemente parecidas a cuadros pintados en fechas posteriores.

Sin embargo, la influencia fotográfica fue tan evidente que en muchos casos era imposible de ocultar.

Comenzada la década de 1860, la cámara fotográfica ya puede registrar objetos en movimiento y la pintura comienza a imitar ese aparente halo borroso que rodea a los objetos dinámicos, así como las posturas naturales de personas o animales al desplazarse.

Mucho se ha hablado del «ojo fotográfico» de Degas. La influencia de la fotografía es tan patente en su obra que llega

a estructurarla como a tal, consciente de la oportunidad que le brinda el nuevo medio ofreciéndole la posibilidad de utilizar en la pintura un lenguaje totalmente innovador.

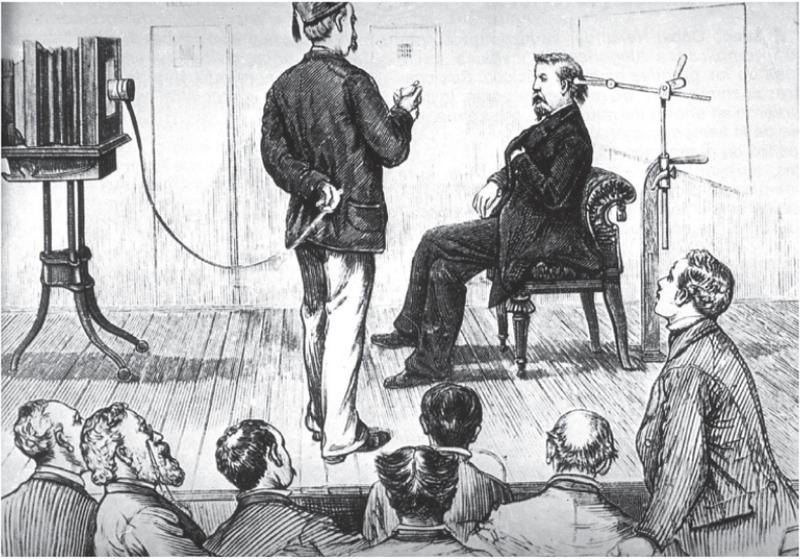
Los bruscos encuadres cortando los personajes situados en los primeros planos, la distribución de la gente que transita un bulevar, las figuras a contraluz intenso, la situación de la figura principal descentrada en sus composiciones, los puntos de vista en picado o contrapicado muy acentuado, etc. Todo ello parece indicarnos que estamos ante una fotografía más que ante una pintura.

Al igual que Degas, otros pintores militantes del impresionismo, futurismo, etc. han recibido la influencia de la fotografía mostrándola en sus obras, quizá a su pesar, y aunque no conocemos cuál fue el alcance de esa influencia, por no haber sido suficientemente investigado, sí sabemos que la fotografía, arte y medio de expresión, desde el mismo momento de su descubrimiento, nunca fue ignorada.

Contemporáneo de estos grandes maestros de la pintura de finales del siglo XIX, debemos recordar un personaje notable. Se trata de Luis Federico Guirao Girada, nacido en Murcia (1848-1921). Fue hijo de Ángel Guirao Navarro y hermano de Ángel Guirao Girada, ambos políticos destacados.

Luis Guirao Girada marcha a Madrid muy joven para desempeñar una serie de cargos políticos como miembro del partido liberal conservador. Fue diputado por Madrid en las Cortes de 1889, 1903, 1905 y 1907, así como concejal del Ayuntamiento en 1909. Pero no nos interesa aquí por sus dotes políticas, sino por sus cualidades como fotógrafo.

Como era frecuente en la alta burguesía del siglo XIX, Guirao Girada se sentía atraído por las actividades artístico-científicas, así como por los nuevos inventos. La fotografía reunía estas condiciones y aunque practicó todas sus modalidades sintió especial interés por la fotografía estereoscópica. Utilizaba placas de cristal de iodobromuro de plata, de 18x9 cms. Y otras de me



En el estudio del fotógrafo

nor tamaño, siempre fabricadas en París, ya que su desahogada situación económica le permitía adquirir los mejores materiales del mercado.

El positivado de las placas estereoscópicas era más complicado que el de las placas normales. Por ser doble el negativo estereoscópico, debía cortarse por la mitad, con un diamante, e invertir el orden sobre la placa virgen, para que resultara un positivo con la visión de cada ojo en su lugar apropiado. Esto hacía que el éxito final fuera más valorado.

A pesar de todos estos riesgos, el placer de contemplar cualquier escena en relieve, hacía doblemente apasionante esta práctica, hasta el punto de que llegó a crear un premio a la modalidad estereoscópica en la Real Sociedad Fotográfica de Madrid, de la que era miembro fundador.

Los temas que trató a lo largo de su vida fueron diversos. Entre lo que se ha conservado, predominan las vistas de Murcia y Madrid, así como las de modelos con diferentes disfraces, o desnudas, lugares como Aranjuez, Toledo o El Escorial y numerosas tomas marinas, ya que era un gran aficionado a la navegación. Sabemos que llegó a hacer un gran reportaje en la Rusia de los zares pero quedó destruido al igual que gran cantidad de su obra, cuando la casa donde estaban depositadas las placas fue incautada por el ejército durante la guerra española.

Su amplia cultura y su conocimiento de los grandes maestros de la pintura se trasluce en su esmerada forma de componer así como en la habilidad para situar a personas y objetos cuando se trata de una imagen escenificada. El costumbrismo floreciente en la época queda visible en los temas rurales o huertanos, que a veces subraya coloreándolos a mano.

Las fotografías de Guirao Girada son un documento inapreciable de la vida de nuestra ciudad y su huerta, sus mercados y sus gentes, sus costumbres y sus fiestas que dan fe de su gran profesionalidad, así como del profundo conocimiento de la técnica utilizada.



Fotografía de estudio (h. 1850)



Fotografía de estudio (h. 1870)



Guirao Girada. Huertanas (h. 1905)

**Aproximación al análisis de relatos
de viajeros extranjeros que escribieron
sobre Lorca en los siglos XVIII y XIX**

Ginesa Martínez del Vas

1. Introducción

La actividad de viajar ha traído consigo a lo largo del tiempo un concepto romántico ante la existencia humana que, conjugado con la expresión literaria, ha dado como resultado un conjunto de libros de gran interés para todo tipo de estudiosos. En varias de las obras de viajes, hemos podido encontrar descripciones, opiniones e impresiones sobre distintos temas como la geografía, los pueblos, las gentes, etc.

En la cultura occidental el concepto de descubrimiento ha estado ligado, en muchos casos, al espíritu científico y geográfico, que ha propiciado el auge de la edición de obras sobre viajes. Uno de los siglos más importantes fue el XVII, en el que el viaje se considera un medio necesario de ilustración. El conocimiento y el estudio de la naturaleza, las condiciones físicas, morales y filosóficas que el viajero va descubriendo durante su viaje han sido plasmadas en relatos que han ayudado al conocimiento de los distintos pueblos y lugares.

Asimismo, los libros de viajeros o literatura de viajes ocupan un lugar importante en la literatura. Nuestra finalidad es, en estas líneas, recopilar parte de los autores y relatos que se han escrito sobre la ciudad de Lorca. Esta exposición es una selección aproximada de dichos relatos a lo largo de la historia. Descubriremos que los motivos de los viajes pueden ser diplomáticos, militares o descriptivos, a modo de guía del viajero.

El paso por el territorio lorquino era obligado siguiendo el camino hasta Andalucía y hacia la ciudad de Granada. Observaremos que la mayoría de los textos son descripciones que realiza el autor en su condición de viajero «de paso» por nuestro lugar de investigación. Por lo tanto, la fugacidad de los relatos, la falta de detalle de las descripciones en algunas ocasiones y, por supuesto, el corto periodo de tiempo de estancia del viajero ocasiona la dificultad para encontrar puntos historiográficos y científicos de conexión, que ayuden a establecer las percepciones que se tiene sobre Lorca como lugar de llegada y no de paso.

Estos narradores incansables que han escrito sobre sus viajes son los que hoy nos ayudan a profundizar sobre el conocimiento de las regiones por las que anduvieron, y lo que les pareció más interesante, tanto como para dejarlo escrito en su diario. En el caso de la Región de Murcia han sido muchos los que han escrito sobre ella, debido principalmente a su situación geográfica dentro del arco mediterráneo y zona de paso obligado a las tierras del sur. Las descripciones que han quedado plasmadas son hoy consideradas los primeros estudios sobre geografía física y humana de la Región de Murcia.

2. Aproximación a la narrativa de viajes

Es interesante analizar las motivaciones de los viajeros y sus distintas manifestaciones a lo largo de la historia. Para ello, debemos en primer lugar descubrir los distintos motivos que han hecho al hombre abandonar su lugar de residencia habitual. Podemos hablar de viajes hechos por motivos comerciales (motivaciones económicas), administrativos (motivaciones políticas), o por deseo de conocimiento (motivaciones de aventura o exploración). Además, podemos consignar otras causas como son la-

borales, estudios, motivos sanitarios, religiosos, viajes de placer, afición, cultura, o de carácter turístico¹.

Desde época antigua existen muchos viajeros que han caminado por el mundo con el único fin de ampliar sus conocimientos, en suma, de «conocer». Algunos de ellos han dejado constancia escrita de sus viajes. Esto ha sido una parte más de los testimonios que quedan del pasado, que nos ayudan a conocer mejor otras épocas y a la vez entender el presente. Son pocos los relatos que tenemos de época antigua, pero han ido aumentando considerablemente en las distintas etapas de la historia. Será en la Edad Moderna cuando este número de viajeros que se preocupan por escribir sus experiencias empieza a ser más numeroso.

Es en el periodo comprendido desde la Edad Moderna hasta el Romanticismo (siglo XIX) en el que más producción literaria importante se lleva a cabo². Hablamos, pues, de una etapa en la que el conocimiento que aporta la literatura de viajes radica en una expresión más antropológica, más personal y menos geográfica, a diferencia de lo que sucedía en época antigua. Por ello, esta producción literaria expresa aún mejor los conocimientos de los lugares y de la forma de vivir de las personas que en ellos habitan.

En la época antigua los viajeros mayoritariamente procedían de países bañados por el Mediterráneo. Este mar se convertía en el mejor aliado de los exploradores, ya que ponía en comunicación lugares interesantes para establecer nuevas vías comerciales, nuevas tierras por conquistar, etc. Serán los griegos, fenicios, egipcios y romanos los que realizan empresas de estas características. Las culturas griega y fenicia son las que

¹ GOZALBES CRAVIOTO, E. (2003), *Viajes y Viajeros en el Mundo Antiguo*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca, pp. 11-12.

² *Ibidem*, p. 13.

encabezan este grupo de aventureros. Los fenicios conjugan dos conceptos que los definen claramente: aventureros y negociantes; en realidad, hablaríamos de «aventureros negociantes». Los fenicios reproducen de los egipcios el gusto por los viajes marítimos, los denominados *periplos*, convertidos después en relatos de navegación³.

En el caso de los griegos la exploración científica y el alma de conquistadores fueron los pilares en los que basaron el camino de su viaje; de esta forma, se suman los acontecimientos geográficos y los acontecimientos históricos por igual.

Serán los poemas homéricos los que mejor nos acercan a la visión del viaje que tenían los griegos. Los conocimientos geográficos, la fantasía y la leyenda son elementos que se conjugan y dan como resultado el concepto de «aventura» y, con él, la satisfacción personal que les produce a los viajeros descubrir todo lo desconocido e ignorado. En *La Odisea*⁴ de Homero aparecen importantes «acciones viajeras» primero de Ulises y después de su hijo Telémaco⁵. Aquí se observan los conceptos geográficos bien representados en el mar y el paisaje, como un protagonista más del poema, como un amigo fiel de las aventuras de Ulises. *La Odisea* representa una forma de despertar el interés geográfico y etnológico sobre la Tierra y los pueblos⁶.

Volviendo a la época de los griegos, debido principalmente a su afición al mar, al desarrollo de técnicas de navegación y, por su puesto, a sus características antropológicas (su gran espíritu aventurero y ansias por el conocimiento) aparecerán figu-

³ GARCÍA MERCADAL, J. (2ª ed., 1999), *Viajes de Extranjeros por España y Portugal*, Consejería de Educación y Cultura, Junta de Castilla y León, Salamanca, p. 15, Vol. 1.

⁴ GOZALBES, E., op. cit. p.14

⁵ GARCÍA MERCADAL, J. (2ª ed., 1999), *Viajes de Extranjeros por España y Portugal*, Consejería de Educación y Cultura, Junta de Castilla y León, Salamanca. p. 15, Vol. 1.

⁶ GOZALBES, E., op. cit. p. 14.

ras tan importantes como la de Herodoto de Halicarnaso (siglo Va. de J. C.), el primer viajero que nos aporta importantes relatos sobre el mundo griego.

Pasado un siglo, comenzaron las conquistas de Alejandro Magno. Su política de expansión⁷ se basaba en el conocimiento geográfico y de los usos y costumbres de los pueblos sometidos. Todo se documenta rigurosamente, aportando importante información que, más tarde, se publica en las numerosas *Memorias*, que, concernientes a los países conquistados, los convertían en países explorados. Esta exploración presentaba siempre un carácter científico⁸, de ahí su gran importancia. De aquí surgieron las descripciones de los países y los pueblos (*periégesis*: palabra griega que define un estilo narrativo que consistía en la descripción de países y de pueblos), en las que los escritores reflejaban el conocimiento que aportaban sus viajes, unas veces sin contenido científico y otras veces con él. Estos documentos siempre eran realizados por eruditos geógrafos. Estas dos opciones en la forma de ofrecer los conocimientos van a ser una constatación, ya que los viajeros, en algunos casos, crean narraciones o descripciones de los

⁷ «Todo el espacio desde el Estrecho de Gibraltar hasta el Indo se aglutinó paulatinamente en época posterior hasta convertirse en un único y gigantesco círculo económico. Se ha comparado la apertura del Oriente por Alejandro con el descubrimiento de América por Colón. Más que en cualquier otro lugar de la historia mundial es perceptible aquí la iniciativa de una gran personalidad; ésta fue la que dio al mundo un rostro nuevo. La expedición al Sudán para la investigación de las causas de las inundaciones del Nilo, el viaje de Nearco y de Onescrito desde el delta del Indo hasta el Estrecho de Ormuz y desde allí a las desembocaduras del Trigris y del Éufrates, el plan de circunnavegación de Arabia en que se ocupó el rey ya mortalmente enfermo en Babilonia, los trabajos en la red de canales de Mesopotamia, el propósito de colonizar la costa del Golfo Pérsico... todas estas empresas y proyectos dan testimonio de la extraordinaria amplitud de la planificación económica del rey, que también aquí aparece como el creador que abre el camino a unos tiempos nuevos.» BENGTON, H. (1986), *Historia de Grecia*, Gredos, Madrid, traducción española de Julio Calonge, pp. 270-271.

⁸ A partir de ahora cuando hablemos del *carácter científico* nos referiremos a narraciones desde un punto de vista más analítico, en las que se habla de aspectos geográficos que ayudan a conocer los lugares.

lugares que visitaban. Uno de los cronistas más importantes de los viajes de Alejandro Magno o Alejandro el Grande fue Calístenes⁹.

Tras esta visión, en la cultura romana la exploración de nuevos lugares se realizaba en relación con la organización de sus colonias. La exploración de los nuevos espacios precedía a la expansión militar y, de esta forma, se ampliaban los conocimientos geográficos sobre los nuevos territorios. Se observa que se seguían las mismas líneas de expansión, de manera que por Alejandro Magno conocemos Oriente y por Julio César conoceremos Occidente¹⁰. Será contemporáneo de Julio César y de Augusto el historiador Diodoro de Sicilia, que viajó por los continentes de Europa y Asia y por Egipto, escribiendo cuarenta libros¹¹ que denominó *Biblioteca de historia*¹². En época romana empezaría a definirse lo que se llamaría la geografía descriptiva¹³, cuya figura más representativa es Polibio de Megalópolis¹⁴. Esta geografía descriptiva intenta buscar los dos aspectos expuestos anteriormente (científico y no científico), con el fin de satisfacer

⁹ «Entre estos helenos que formaban en el séquito de Alejandro había sobre dos hombre letras a quienes ya hemos hablado; este historiador, discípulo y sobrino del gran Aristóteles, había acompañado al rey al oriente par poder relatar a la posteridad, como testigo ocular, las grandes hazañas del macedonio.» DROYSEN, J. G. (2001): *Alejandro Magno*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, p. 295.

¹⁰ GOZALBES, E., op. cit. p.68

¹¹ GARCÍA MERCADAL, J., op. cit. p. 20.

¹² «Estos cuarenta volúmenes abarcaban desde los tiempos más remotos hasta el año 54 a. C. Su método histórico no permite la fiabilidad, pues resumía de forma no crítica una gran variedad de fuentes. Algunos de sus libros se conservan completos, y otros fragmentados.» HAZEL, J. (2002). *Quién es quién en la Antigua Grecia*, Acento Editorial, Madrid, p. 107.

¹³ GARCÍA MERCADAL, J., op. cit., p. 23.

¹⁴ POLIBIO (200-118 a. C.) Historiador griego de Roma. Polibio era hijo de Licortas de Megalópolis. La mayor parte de su obra se ha perdido, incluida la biografía de Filopemen, un libro de tácticas militares, un relato del cerco de Numancia y un tratado sobre las regiones ecuatoriales de la Tierra. Se han conservado partes sustanciales de sus *Historias* (en cuarenta libros), que incluyen los libros 1-5 completos. La obra cubría el periodo del 220-168 a. C. y se proponía mostrar cómo Roma conquistó buena parte del mundo conocido en tan poco tiempo, y la naturaleza de su construcción. Su método consistía en la progresión geográfica de Occidente a Oriente en cuatro bloques (Roma y Occidente, Grecia y Macedonia, Asia, Egipto). HAZEL, J. (2002); op. cit, pp. 334-345.

la demanda existente en aquella época, generada por la política de expansión y el desarrollo económico basado en el comercio. Igualmente debemos mencionar el conocimiento que aportan estos documentos al instruir a lectores inquietos intelectualmente¹⁵. Uno de los más conocidos fue el *Libro III de Geografía* dedicado a Iberia y escrito por Estrabón¹⁶.

El interés de Roma por Hispania se basaba en los ingentes y valiosos recursos peninsulares¹⁷. Desde que los fenicios nos dieron a conocer en el Mediterráneo, han sido muchos los viajeros que han llegado a nuestra península. Operándose un intercambio por el que también nos beneficiamos, debido a los conocimientos que adquirimos sobre sus usos, costumbres, organización política y militar, etc.

La invasión del imperio romano fue realizada por los pueblos del norte, totalmente contrarios a griegos y romanos; el extenso grupo de vándalos, suevos y alanos cruzaron el Rin helado. En el año 409 ya habían alcanzado España. Estos pueblos se caracterizan principalmente por su tosquedad¹⁸. Los viajeros de estas civilizaciones se definen esencialmente por su ignorancia de los nuevos territorios. Es con estas civilizaciones cuando el conocimiento sobre geografía descriptiva se detiene y habrá que esperar varios siglos para retomar el interés por esta disciplina.

¹⁵ GARCÍA MERCADAL, J., *op. cit.*, p. 23.

¹⁶ «Estrabón (c. 64-24 d. C.). Geógrafo de Amisea del Pronto. Fue educado en Roma, donde estudió con profesores de la escuela peripatética, aunque sus interpretaciones filosóficas fueron estoicas. Viajó mucho. Escribió un tratado en diecisiete libros, que se conservan, titulado *Geografía*, para el cual empleó mucho material de autores cuyo trabajo, sin los escritos de Estrabón, se habría perdido. El resultado fue una insustituible fuente de información no sólo sobre geografía antigua, sino también sobre historia y vida cotidiana del período. Sin embargo, rara vez afirma haber visto de primera mano los lugares que descubre, y empleó buena parte del material de la Biblioteca de Alejandría. Comprendió la necesidad de gobernantes y mandos militares del Imperio Romano de disponer de información geográfica precisa.» HAZEL, J. (2002). *op. cit.*, p. 131.

¹⁷ ROLDÁN, J. M. (1994), *El imperio romano. Roma y la Conquista del mundo mediterráneo* (264-133 a. C.). Editorial Síntesis, Madrid, p. 118.

¹⁸ CAMERON, A. (2003), *El Bajo Imperio romano (284-430 d. C.)*, Ediciones Encuentro, Madrid, p. 152.

Después de esta etapa, los primeros viajeros de los que se tienen noticias son de los Northmen (noruegos y daneses), en sus viajes a Islandia (861) y Groenlandia (893). Los viajeros más importantes fueron los mercaderes Wulfasta y Otheer que entraron en la historia geográfica porque en su exploración abarcan todo el perímetro de la península Escandinava.

En ese mundo de barbarie aparece una nueva civilización con ansias de imperio. En este caso, el imperio no se basa en la extensión de las fronteras, sino en la importancia de su religión y de la expansión de la misma por el mundo; hablamos del mundo árabe. En el año 711 comienza la conquista de las tierras peninsulares, obteniendo el imperio árabe su máxima expansión por Occidente¹⁹.

Con la llegada de este nuevo pueblo conquistador surge de nuevo el *progreso científico y artístico* en la península, principalmente con el mandato de Abd al Arman II. No obstante, será con la influencia de Ziryab cuando el saber oriental (música, modas, costumbres, etc.) llegó a Al-Andalus, produciéndose un importante desarrollo científico, literario y artístico ya con Abd al-Rehaman III y al-Hakam II²⁰. Dentro de estos progresos científicos destaca por su importancia todo lo relacionado con la geografía. El mundo árabe se caracteriza principalmente por sus importantes exploradores, entre los que destacamos a Ibn-Battuta²¹ que, tras veinticuatro años de viaje por Oriente, visitó Andalucía y Granada. Después del desarrollo científico que existió durante el periodo árabe, se volvió a producir un vacío en el desarrollo científico de la geografía y en la redacción de libros que, de modo científico o descriptivo, exponían los lugares y culturas vistas.

¹⁹ COLLINS, R. (2000), *La Europa de la Alta Edad Media*, Akal, Madrid, pp. 214-215.

²⁰ VV. AA., (2005), *Edad Media. Historia de España*. Ariel, Barcelona. p. 212.

²¹ Ibn Battuta nació en Tánger en 1304. Su familia era de origen bereber, aunque estaba ya plenamente arabizado. Pertenecía a la clase pudiente y educada y contaba con cierta tradición de cadíes, o jueces islámicos. Nada se sabe sobre su juventud, aunque es probable que recibiera la educación escolástica al uso en su clase social. A los veintinueve años de edad emprendió la peregrinación a La Meca. Dedicó media vida a sus viajes y recorrió cerca de 121.000 kilómetros (MACKINTOSH-SMITH, 2005, p. 11).

Será más adelante, en el siglo XV, cuando vuelven a retomarse los viajes como parte esencial del conocimiento. Será, en este caso, Portugal el país que encabezará las expediciones más importantes. Dichas expediciones portaban nuevos descubrimientos de una forma lenta, debido principalmente a que, descubierto un nuevo lugar, regresaban para narrarlo y otro navío salía para conseguir otro nuevo descubrimiento, más lejos que el anterior. De esta forma llegamos hasta el gran descubrimiento de América con Cristóbal Colón al que le siguieron numerosos aventureros que, buscando el reconocimiento social, político y científico, se introducían al descubrimiento del nuevo mundo.

Sin alejarnos del tema que nos ocupa, es importante hacer referencia en este siglo XV a los viajeros que visitaban España. Existen dos motivos principales que motivaban el desplazamiento de los viajeros hasta España: el peregrino que visita Santiago de Compostela y los guerreros, políticos y monárquicos que venían de otros países para luchar contra el infiel²². Existen otros muchos viajeros que visitaban España con otros diversos motivos como embajadores, otras monarquías para realizar enlaces reales, juglares extranjeros en busca de historias para contar, etc.

Introduciéndonos ya en el siglo XVI nos encontramos con viajeros que se dirigían a tierras españolas con perfiles más cultos (alejándonos de los que llegaban por motivos comerciales) y, por lo tanto, se convertían en viajes de artistas que traían corrientes literarias, arquitectónicas, pictóricas, etc. de gran interés. Se observa un cambio importante desde los últimos viajes de exploración realizados por los árabes durante época imperial, a los viajes que se realizan en estos dos siglos, más relacionados con aspectos culturales, religiosos e incluso políticos. Se advierte un cambio importante, España ya es conocida y los viajes científicos y de aventura se dirigen ahora hacia las tierras del nuevo

²² GARCÍA MERCADAL, J., op. cit., p. 27.

contienen (América). Los viajeros que escriben sobre España no lo hacen desde la visión del descubrimiento, sino desde la perspectiva del autoconocimiento y la de aquellos que quieran conocer sus relatos, tanto literarios, como de cualquier representación artística en la que se manifieste ese conocimiento adquirido durante el viaje.

También es interesante hacer mención al viajero de la literatura española, a Don Quijote, armado en la aventura medieval heredada antes de los griegos. El Quijote simboliza hablar de la aventura de viaje emprendido por un personaje. Su viaje nos condujo por la España de la época²³, y nos acercó al conocimiento de la misma.

De esta forma llegamos a los tiempos modernos (siglo XVII) y especialmente al siglo XVIII, el *siglo de los viajes*²⁴, llamado así por ser un siglo en el que, y sin que el gran siglo de los descubrimientos (siglo XV) pierda su importancia, los viajeros adquieren una conciencia objetiva y crítica de la realidad. En muchos casos, estos autores establecen cuatro grandes apartados en el desarrollo de su literatura: los datos concernientes al camino, al alojamiento (las posadas), la geografía y los pueblos en su conjunto²⁵.

Durante esta época también podemos hablar de los narradores científicos y los no científicos, pero, además, se encuentran

²³ «La España del Quijote y la España de Cervantes son expresiones sustanciosamente idénticas, pues si bien la composición de la inmortal novela coincide con la década final de la vida del escritor, no es menos cierto que en ella vertió las experiencias de toda una vida. El *Quijote* apareció a comienzos del siglo XVII, durante el reinado de Felipe III, pero Cervantes fue un hombre del XVI: su «circunstancia» fue la España de Felipe II, aunque viviera lo suficiente para contemplar el tránsito de un siglo a otro, de un reinado a otro, con todos los cambios que comportaba ese tránsito.» Miguel de Cervantes: *Don Quijote de La Mancha*, edición del Instituto Cervantes 1605-2005, dirigida por Francisco Rico, p. Xvc Prologo 3. *La España del 'Quijote'* por Antonio Domínguez Ortiz.

²⁴ CAPEL, H. (1985), *Geografía y arte Apodémica en el siglo de los viajes*, en «Revista Cuadernos Críticos de Geografía Humana», n° 56, Barcelona, p. 14.

²⁵ ZULUETA, J. M. (2002), *Viajeros Hispanoamericanos (1890/1904)*, Universidad de Cádiz y Ayuntamiento de Cádiz, Cádiz, p. 21.

los fantásticos, que relatan viajes imaginarios o acontecimientos que han sido contados por otras personas que han vivido acontecimientos ajenos a él y su viaje. Durante este siglo observaremos dos características importantes que aportan veracidad y calidad a los textos: la «fidelidad y su curiosidad universal»²⁶. Será a partir de este siglo cuando el concepto de viaje para los europeos cambie, ya que está unido a la formación de su «yo» espiritual y de parte de su formación intelectual. El conocimiento que adquirirían las personas que viajaban no radicaba sólo en lo que le podían aportar los lugares visitados (costumbres, leyes, usos, etc.), sino también en los vestigios de la Antigüedad que quedan en esos lugares, recortes de la historia que aportan el mismo conocimiento que puede dar una biblioteca llena de libros.

Ante esta situación nos acercamos hacia el concepto de viaje como elemento esencial del conocimiento y del desarrollo personal del hombre. Conceptos que nos aproximan a lo que hoy motiva a las personas a desplazarse a los destinos turísticos más importantes de España. El hombre inquieto establece una constante inquietud por desarrollar sus conocimientos, hablamos del hombre ilustrado o viajero ilustrado. Ante este floreciente desarrollo del viaje y el viajero, provocada en gran medida por la mejora de los caminos²⁷, se observa en paralelo un florecimiento de la literatura de viajes orientada a dos aspectos: dar a conocer los lugares conocidos y la realización de libros o guías, que sirvan para aquellos que van a realizar el mismo viaje.

Durante el siglo XIX fue también muy productivo el desarrollo literario sobre viajes, pero en este caso se ha observado muchas diferencias basadas en el contenido e incluso en el estilo literario²⁸. Durante el siglo XIX se pasa al viajero romántico, que

²⁶ CAPEL, H., op. cit., p. 9.

²⁷ CAPEL, H., op. cit., p. 10.

²⁸ SERRANO, M. M. (1993), *Viajes y Viajeros por España*, en «Revista Cuadernos Críticos de Geografía Humana», nº 98, Barcelona, p. 10.

basa su periplo, a diferencia del viajero ilustrado del siglo XVIII, en un concepto en el que el viaje se convertía en una ida hacia la consecución de la riqueza espiritual (Rodríguez Martínez, F.).

Los conceptos que priman en el viajero romántico del siglo XIX van unidos a la *naturaleza* en todas sus expresiones, desde el paisaje costumbrista hasta los aspectos más exóticos del mismo. Este exotismo era una de las cuestiones que hacía que los viajeros se dirigieran en sus sucesos hacia tierras españolas, buscando principalmente la belleza de los vestigios que dejaron los antepasados. España, para los viajeros románticos, representaba lo desconocido, ese viaje hacia lo exótico, que no tiene que pasar por la distancia en kilómetros²⁹.

En esta época el viaje se aleja de lo científico y de lo académico, busca lo que no era habitual, pero siempre dejando a un lado la concepción aventurera del mismo. Todos estos conceptos eran muy buscados por los viajeros románticos. Para ellos, España los poseía en Andalucía (Rodríguez Martínez, F.) y, en especial, en la Alhambra de Granada. Alejándonos de la visión que hoy en día tenemos de la Alhambra como recurso turístico y como lugar más visitado en España en el año 2005, pensamos en el viajero solitario que se introducía en sus jardines y en los Palacios Nazaríes buscando poder entrar en el mundo de la cultura árabe mediante los sentidos. Ayudado por todos los elementos que allí se conjugan, tanto desde un punto de vista artístico-arquitectónico, como desde el punto de vista de la naturaleza, mediante la riqueza en la existencia de una gran variedad en especies vegetales y el agua, como elemento que lo envuelve todo.

Estos elementos son los que mejor definen el romanticismo que se presenta en algunos casos con connotaciones de «escapismo». De pronto España está de moda (Rodríguez Martínez, F.) y esto se debe, principalmente, a los elementos artísticos

²⁹ SERRANO, M. M., op. cit., p. 21.

y costumbristas que la rodean, ofreciendo al viajero esa visión estética a la que hacíamos referencia, que lo traslada a Oriente y le acercaba al continente africano. Por lo tanto, las diferencias con el paisaje europeo ayudan a la proliferación de viajeros en España así como su relación con el mundo árabe.

Con este camino recorrido a lo largo de la historia sobre el viaje y viajeros, llegamos hasta el siglo XX. En las regencias historiográficas, se puede observar una continuación en el periodo romántico de la primera mitad de siglo. Luego los motivos bélicos y económicos produjeron desplazamientos por tierras españolas. A mitad del siglo XX España empieza a basar parte del desarrollo económico del país en el desarrollo del turismo.

3. Relatos escritos sobre la ciudad de Lorca por viajeros extranjeros.

Cuestiones externas.

Al analizar los relatos se aprecian tres aspectos que deben tenerse en cuenta a la hora de realizar el análisis de dichos relatos:

- 1) El periodo histórico en el que se desarrolla el viaje.
- 2) Las características del viajero.
- 3) El motivo por el que el viajero llega a Lorca.

El *periodo histórico en el que se desarrolla el viaje* es uno de los aspectos más importantes, ya que definirá el carácter descriptivo atendiendo a los acontecimientos históricos que suceden en cada época y los progresos que se han producido, refiriéndonos a las infraestructuras de comunicación, transporte utilizado, seguridad del viaje, etc. Debemos entender que, dependiendo de la época en que se desarrolla el viaje la temática que se sigue en la

narración puede variar considerablemente, de este modo en la Edad Media se desarrollan los temas que tienen que ver con la sociedad, como por ejemplo las guerras, religión, comercio, etc. En la Edad Moderna será el individuo el protagonista y cómo resuelve las dificultades en cada caso. Durante la Ilustración será, como hemos indicado anteriormente, el afán hacia el conocimiento de otras culturas y otros países, en el siglo XIX, con un carácter más intimista y espiritual del autor, y el siglo XX refleja la inquietud social por la identidad cultural de los pueblos, la lucha de clases, etc.³⁰

El siguiente aspecto a tratar es *las características de viajero*. Éste en la mayoría de los casos presenta una relación muy directa con el periodo histórico en el que se encuentra ya que hallamos grandes diferencias entre por ejemplo los viajeros del Romanticismo y los de la Ilustración. Por ello, los relatos presentan descripciones de un mismo recurso realizadas de forma distinta.

El motivo del viaje es, sin duda, uno de los aspectos más importantes; ya veremos viajeros que llegan a Lorca como destino de su viaje o como lugar de paso para continuar su viaje. En el caso de esto último, más numerosos, las descripciones son más breves, ya que coinciden con estancias más cortas y, por lo tanto, sólo se narran los aspectos más singulares.

Cuestiones internas.

Explicada la metodología empleada para el análisis de los textos, hemos realizado una primera lectura minuciosa de los contenidos, observando las temáticas (cuestiones internas) y los demás elementos que forman las cuestiones que afectan, directa o indirectamente, al desarrollo narrativo de los relatos.

³⁰ ZULUETA, J. M., op. cit. pp. 16-17.

En lo referente a las cuestiones internas, las clasificamos en tres niveles temáticos: el primer nivel estaría formado por las informaciones geográficas, históricas, etnográficas, las reflexiones sobre lo visto (las historias que se intercalan que pueden ser aventuras del viajero y leyendas o cuentos); el segundo nivel expone los reflejos de tópicos literarios como lugares reconocibles y en tercer y último nivel, veremos cómo un modelo interno de literatura va más allá de la mera descripción³¹. Los dos últimos niveles exponen estructuras literarias que se alejan de nuestro cometido. Por lo tanto, estudiaremos el primer nivel, ya que se aplica correctamente para estudiar la literatura de viajes. Esto es debido a que en este primer nivel son fundamentales las referencias y el análisis descriptivo de los relatos³². Nuestro fin es encontrar respuesta a los objetivos planteados, basándose éstos en el conocimiento exhaustivo de los contenidos literarios de autores extranjeros que han escrito y descrito Lorca.

Seleccionado el primer nivel, recopilados los textos y definidos los momentos históricos en los que ha sido desarrollada la literatura, estableceremos las temáticas descriptivas en las que vamos a basar nuestro análisis:

- a) Informaciones y percepciones geográficas.
- b) Historias, cuentos y leyendas.
- c) Referencias artístico-arquitectónicas.

Cada una de estas temáticas está formada por otros aspectos que estructuran mejor el contenido de dichas temáticas y que nos ayudan a establecer una definición y clasificación de los aspectos analizados. A esta nueva clasificación la hemos definido como *Segmentos Temáticos*.

³¹ ZULUETA, J. M., op. cit., p. 18.

³² ZULUETA, J. M., op. cit., p. 17.

TEMÁTICAS	SEGMENTOS TEMÁTICOS
Informaciones y percepciones geográficas.	Paisaje y entorno natural. Aspectos urbanísticos. Vías de comunicación.
Historias, cuentos y leyendas.	Referencias históricas del lugar Leyendas. Historias del viajero. Cuentos con parte de ficción.
Referencias arquitectónicas.	Castillo de Lorca.

3.1. Información y percepciones geográficas

Paisaje y entorno natural.

Durante los siglos XVI y XVII existe un vacío documental importante sobre viajeros que hayan escrito sobre Lorca. Por lo tanto, nos introducimos en el siglo XVIII con los viajeros de la Ilustración que, alejados de aspectos económicos de los destinos que visitan, hacen alguna referencia muy breve sobre el paisaje. Juan Francisco Peyron escribe: *cultivan con esmero una tierra que es de una gran producción*; sin embargo, las referencias que realiza sobre el río están orientadas a aspectos geográficos que describen dónde nace, por dónde cursa y dónde desemboca. Muhammad B. Utamam Al-Milknasi es aún más breve en su descripción: *Tiene numerosas huertas y arboledas*. El siguiente autor escribe sobre el estado en que se encuentran las montañas: *Las montañas estaban desnudas de toda vegetación, en tanto que más abajo los campesinos estaban ocupados en la recolección*. Probablemente el autor quería dejar constancia de los contrastes que existen en esa tierra. Más adelante vuelve a hacer otra mención a la tierra y la labranza sorprendiéndose de la importancia del sol y el agua y de los frutos que ofrecen, también menciona los cultivos: *Advertimos cerca de la*

ciudad muchos olivos y moreras, y vimos también numerosos rebaños de corderos, sin descubrir donde encerrados.

Durante el siglo XIX, en la época del romanticismo, los relatos adquieren un mayor poder descriptivo y se observan aspectos más detallistas que se dejarán ver a lo largo del texto. Alexandre Laborde describe Lorca de forma distendida y las referencias al paisaje y entorno natural se salpican en el texto sin ninguna continuidad descriptiva. La riqueza del suelo, la hermosura de la campiña y la tipología de los árboles que se encuentra son los aspectos que más le han interesado.

Es interesante mencionar cómo las descripciones se suceden con carácter amable y espléndido sobre Lorca: *Sus habitantes se enriquecen con la feracidad de su suelo, aprovechando con diligencia las aguas esparcidas por diferentes puntos.* Ahora los relatos están llenos de adjetivos y metáforas que nos aportan un carácter descriptivo con distinta mirada. Sir John Carra escribe: *Una huerta extensa, muy bien cultivada, en donde abundan: olivos, moreras y otros frutales; viñas y campos y praderas, jardines y huertos le dan a este lugar un aspecto romántico, bello y pintoresco.* La visión desde los ojos del escritor romántico hace que Lorca se manifieste como un lugar ideal para la visita, un lugar de extraordinaria belleza donde el conjunto de sus huertos y jardines manifiestan un lugar que aporta sensaciones llenas de belleza que nos acerca a un lugar idílico.

Otro aspecto de gran interés son las referencias a la falta de agua. G. A. Hoskins comenta este hecho: *Desde hace diecisiete meses no han tenido una gota de agua y el río Sangonera está completamente seco.* Estas referencias son mucho más acentuadas durante los escritos del siglo XX. Alberto F. Calvert en un extenso relato nos comenta la importancia del agua para las tierras murcianas y cómo ésta se vende en subasta. Esta descripción se realiza minuciosamente y nos habla de los aspectos sociales, políticos y económicos que provocan la escasez de agua y que ésta pase a ser propiedad de

unos pocos. Imaginamos que al autor le llamó poderosamente la atención el hecho de que el agua se subastara. El autor sorprendido relata: *...el principio de propiedad privada ha ido demasiado lejos en esta parte del mundo*, en este caso el autor manifiesta su opinión sobre este tema y su desacuerdo a tales gestiones.

Aspectos urbanísticos

Entrados ya en el siglo XVIII las referencias urbanísticas adquieren un carácter más dinámico. Juan Álvarez de Colmenar dice sobre Lorca: *Es grande, pero bastante deteriorada*. Por el contrario Alhamad Al Gazzal hace una crónica más detallada sobre la dimensión de la ciudad: *Población muy urbana y desarrollada*. Continúa indicando:

La ciudad está partida en dos por un río que le añade esplendor y hermosura. Las casas se alzan desde el mismo cauce del río y son de una extremada maestría en su construcción. Las habitaciones altas tienen miradores que dan al río, en una y otra orilla.

Colmenar describe la maestría con que se han construido las casas y cómo éstas se distribuyen en la ciudad. Por el contrario, a Richard Twiss lo que le llama la atención es, por un lado, la grandeza de la ciudad y por el otro, el número de iglesias: *Tras viajar 4 leguas llegamos a Lorca, que es una ciudad bastante grande con siete u ocho iglesias*. Otros escritores apenas hacen referencias a estos aspectos y, como en el caso de Henry Swinburne, simplemente hacen una leve reseña: *...Uno de esos días comimos en Lorca, una gran ciudad al pie de las colinas*. Juan Francisco Peyron refiere sobre la grandeza de la ciudad, que se aprecia desde lejos, y cómo se encuentra emplazada sobre una montaña: *Los caminos se convierten después en más hermosos y más agradables hasta Lorca, cuya*

grandeza se ve desde lejos; está construida sobre la grupa de una montaña. José Townsend, detalla aún más sus narraciones aportando datos más concretos sobre el número de iglesias y conventos, e incluso describiendo cómo son los paseos públicos de la ciudad, que compara con el parque de Oxford:

*Lorca es una ciudad grande, situada a orilla del Guadalentín; encierra nueve parroquias y veintiún mil ochocientos sesenta y seis habitantes, ocho conventos de hombres y mujeres...
Qué encanto de paseos públicos; se parecen al parque de Oxford, pero tienen un plano más extenso y más hermoso, porque los campos de trigo que encierran está bien regados.*

Se observa que durante el siglo XIX las descripciones sobre el trazado urbanístico de la ciudad de Lorca tienen una mayor extensión. Los escritores aportan más datos que sitúan al lector en el lugar donde se encuentra el viajero. De este modo, Alexandre Laborde escribe sobre la extensión de la ciudad:

*...Lorca ciudad, bastante grande...
...Extensión. Tiene mayor extensión que en tiempo de los moros, dividiéndose en alta y baja: esta última, que es la más moderna, está en un terreno llano; tiene algunas calles anchas, casas bien construidas y muchas plazas, aunque pequeñas e irregulares. Hay también en ella dos arrabales, el de Gracia por la parte de Andalucía y el de San Cristóbal por donde se entra viniendo de Murcia, el cual es considerado por su población de 8000 almas.*

Hace referencia al crecimiento tan considerado que ha tenido la ciudad, desde los tiempos árabes, al presente se divide la Lorca alta y la Lorca baja. Esta última la considera más moderna ya que presenta calles mucho más anchas aportando un trazado urbanístico

mucho más moderno. La calidad constructiva de la ciudad, las numerosas plazas y barrios que van apareciendo alrededor del núcleo urbano principal de la ciudad, van adquiriendo cada vez más importancia. Estas descripciones, también ayudan a conocer el desarrollo económico de la ciudad ya que el viajero también cuenta el número de molinos, fuentes y fábricas de todo tipo que existen en ella.

...Hay también en esta ciudad 9 molinos de aceite, 13 harineros, varias fuentes que adornan y hemosean la ciudad, 3 fábricas de plomo y alcohol en cuenta de la real hacienda, algunas fábricas de paños y curtidos.

...Paseos. Su hermosura es deliciosa: en ellos se reconoce la afición que se tuvo á este recreo, y recreo, y la opulencia con que construyeron calles de árboles anchas entre la ciudad y el río, arbolados cuya sombra no penetran los rayos del sol; campiñas, huertas, jardines, todo contribuye á hermostear aquellos lugares destinados á tan honesta distracción. Es soberbio el camino de seis leguas que se ha construido desde esta ciudad del puerto de Águilas.

Otros de los aspectos importantes para el autor son las zonas destinadas al paseo, probablemente debido a su origen inglés. Sir John Carr escribe sobre las huellas que ha dejado el paso del tiempo en la ciudad y cómo ha ido creciendo adaptándose a antiguas arquitecturas. En este relato encontramos la primera referencia historiográfica de la antigua Colegiata de San Patricio reseñada con el nombre de Catedral. Se aprecia la misma división que hemos visto anteriormente, sobre la zona alta y baja de la ciudad. Y otra vez las referencias a la zona de paseo; las Alamedas, que hoy todavía cuentan con la misma disposición.

Una fila de antiguas muralla árabes, con huellas visibles del tiempo y de la guerra; una venerable y noble Catedral; nu-

merasas casas recostadas en las laderas erosionadas de una montaña rocas llamada, la Sierra de Cano (Caño), por cuya base fluyen los serpenteantes arroyos del río Guadalentín que dividen esta parte del pueblo de la otra más abajo.

Una alameda de gran extensión flanqueada por nobles árboles: olmos y álamos, a cuya sombra los huertanos estaban comiendo melones.

Richard Rord habla sobre la limpieza de la ciudad, la buena construcción con que han sido levantadas las casas e incluso sobre el trazado de algunas de sus calles. Otra vez se destaca el paseo de la Alameda y por primera vez se menciona la Corredera.

...Lorca es una vieja ciudad y extendida, pero limpia y con buenas casas: tiene algo menos de 22.000 almas y una Posada decente...

...Las calles son empinadas y angostas.

...Los paseos son agradables, sobre todo la Alameda, cerca del río. En la Corredera hay una columna con una inscripción romana. Las imágenes de San Vicente Ferrer comienzan a aparecer ahora a medida que nos vamos acercando a su provincia nativa.

En este último recorrido también se hace referencia a una columna con una inscripción romana sobre la que se encuentra la imagen de San Vicente Ferrer. Todos estos elementos existen hoy en día en la ciudad. Es por otro lado interesante la reseña hacia la grandeza de la ciudad y el trazado desigual de las calles, así lo vemos en la cita de G. A. Hoskins:

...y las tres en Lorca, ciudad grande y dispersa...

Las tejas de las casas son de un marrón claro y las paredes desvariadas. No hay ni una calle recta y todas son retorcidas e

intrincadas. Tampoco tienen palmeras, naranjos o árboles de cualquier otro tipo.

...Las ventanas de los pisos bajos de las casas tenían rejas de hierro, una variación de las celosías orientales pero lo suficientemente impenetrables como para calmar los ánimos de los españoles lo mismo que a los celosos árabes.

Siguiendo con las mismas referencias A. Gernond de Lavigne continúa con la misma línea descriptiva expuesta anteriormente. Como novedad haremos referencia a las casas poco iluminadas, el aspecto alegre de la ciudad moderna y la plaza Mayor (referencia a la hoy Plaza de España):

...Lorca a 17 km. (202 km.), (Provincia de Murcia), ciudad de 45.000 h., situada sobre la ladera meridional de la Sierra del Caño en cuya cima se eleva un castillo rodeado de imponentes fortificaciones. La ciudad está dividida en dos por el río Guadalentín. La ciudad antigua, que rodea el castillo, tiene como todas la ciudadelas árabes, calles tortuosas, casas apenas iluminadas, encrucijadas en lugar de plazas; la ciudad moderna, que se extiende hacia la llanura está mejor construida y tiene un aspecto alegre. La plaza Mayor donde desembocan las cinco calles más importantes, está formada por un lado por la iglesia colegial (San Patricio), y por otro, por un edificio que pertenece al cabildo, continuación por el ayuntamiento, la cárcel y una bonita casa particular.

Chales Davillier en su libro *Viajes por España* no aporta nada nuevo a las citas anteriormente mencionadas. Para él Lorca es un gran pueblo de aspecto bastante sevático y calles tortuosas y escarpadas. Sí nos parecen muy interesantes las referencias sobre las distintas zonas de la ciudad: *En esta parte de la ciudad viven las clases pobres de la población y algunos gitanos, refiriéndose a la*

zona más cercana al castillo. Por contrario hace otra distinción: *La parte baja, situada en la otra orilla del Guadalentín, está mucho más limpia y mejor construida.* Por el contrario, existe una zona en la que no se aprecia ningún tipo de distinción: *En cambio, las anchas calles modernas que salen de la Plaza Mayor no tienen ningún carácter.*



G. Doré



Ch. Davillier



Aguadores de Lorca



Cosechadores de la huerta de Murcia

Se continúa haciendo algún tipo de referencia sobre el desarrollo urbanístico de la ciudad, pero estas referencias no aportan nada nuevo a lo expuesto anteriormente. Será en el siglo XX cuando evaluemos alguna referencia destacando la narración de Sachaverll Sitwell en que nos escribe en su libro *España: Lorca es una de las más lindas ciudades pequeñas meridionales*, y continúa: *...Lorca tiene un palacio Guevara, del 1693, con retorcidas columnas salomónicas y balcones con rejas de hierro; toda la ciudad está llena de pequeñas iglesias, conventos y casas antiguas.*

Vías de comunicación:

Otras referencias observadas durante el siglo XVIII, Juan Álvarez de Colmenar dice: *Desde Vélez-Rubio, que está en los confines de Granada y de Murcia se va derecho hasta Lorca, que se encuentra a una distancia de siete lenguas.* El camino se hace difícil y los pasos son cada vez más complicados de realizarse, el escritor Richard Twiss cuenta:

El coronel mandó a uno de sus soldados, armados con fusil y espada, que nos acompañase hasta Granada (lo que realizó a pie, andando casi 230 millas en 5 días), porque este camino pasa por montañas que apenas están habitadas y donde viajamos, a menudo durante treinta millas, sin ver a un solo ser humano, ni siquiera una casa; y algunas veces tropas de bandidos, en grupos de doce o treinta atacan a los viajeros, a los que primero asesinan y luego roban, dejando los cadáveres con los carruajes en mitad del camino y llevándose el botín en las mulas.

Desde Lorca hasta Granada hay una distancia caminando de 5 días, el camino se hace peligroso ya que pasa por zonas montañosas totalmente vacías de población y por lo tanto se vuelve inseguro. Por el contrario Juan Francisco Peyron escribe: *Al abandonar Lorca se llega, por un camino bastante bueno, a Lumbreras; allí es donde he visto las posadas de España,* es lógico que para estos viajeros de la Ilustración el conocimiento de accesos es importante ya que los relatos se convertían en libro que luego vendían para conocimiento de aquellos lectores que quieren conocer un país o tiene intención de visitarlo. Este tipo de referencias tiene un carácter más descriptivo orientado a aspectos geográficos que aportan un conocimiento de los lugares visitados. Otro escritor de la Ilustración considerado en nuestro estudio es E. F.

Lantier que llega a Lorca desde Cartagena: *Después del paso de las montañas el hermoso camino volvió a presentarse y pronto se descubre a lo lejos la ciudad de Lorca, asentada sobre la grupa de una montaña.* Ya a finales del siglo XVIII José Townsed en su libro *Viajes a España* escribe: *Hay que haber hecho el camino de Granada a Lorca para conocer bien todas sus fatigas. Allí el alimento es malo y los albergues peores...*

Es interesante observar que el camino que recorren nuestro viajeros entre Granada y Lorca se encuentra en muy malas condiciones no sólo por la baja calidad de los caminos que conectan estas ciudades sino también por la falta de servicios en alojamiento y manutención, así como la gran inseguridad provocada por un relieve abrupto adecuado como escondite de bandidos y el vacío de población en todo el recorrido. Nos damos, de esta forma cuenta, de la gran importancia de la ciudad de Lorca en el acceso y comunicación, ya que el núcleo poblacional más importante que comunica Granada con el Levante es la ciudad de Lorca.

A continuación, nos introducimos en los relatos del siglo XIX, donde las connotaciones románticas son ahora las que nos absorben. Sir John Carr nos cuenta su entrada en Lorca desde Granada:

Tras un reparador descanso en una buena posada, pusimos rumbo a Lorca a la mañana siguiente, a la cual llegábamos tras un viaje de tres leguas a través de un extenso campo casi tan estéril y desolado como el que atravesamos el día anterior, hasta llegar a una distancia de una o dos millas aproximadamente de esta ciudad.

Los adjetivos despiertan nuestro interés: *campo estéril y desolado*. Nos damos cuenta de los cambios que se han producido en el paisaje, desde la belleza del jardín de Adán que describían

la fuentes árabes, hasta la desolación y esterilidad de los campos que ahora se describen. Henry D. Inglis es uno de los escritores que hacen una descripción de su salida de Lorca hacia el núcleo poblacional de Totana. Ahora el paisaje ha cambiado, y el paseo está rodeado de jardines que bordean el río. Se observa que la descripción de las vías de acceso a la ciudad por cada uno de los extremos de la misma cambian considerablemente, ya que la vía de comunicación desde Granada es mucho más árida.

Adolphe Desbarrolles y Eugenie Giraub relatan la ruta hasta Lorca desde Murcia:

Al día siguiente, retomamos la ruta de Lorca. El campo que atravesábamos nos parecía cada vez más árido y abandonado. Hacíamos leguas enteras sin encontrar rastro de cultura. Aquí y allá grupos de oliveras variaban un poco el paisaje monótono que se desplegaba bajo nuestra mirada. Nos acercábamos insensiblemente a las montañas y las veíamos de alguna forma crecer y erguirse delante de nosotros. Apenas hubimos franqueado el vado del pequeño río de Sangonera cuando descubrimos sobre el flanco de un monte escarpado los campanarios de Lorca y la línea de las murallas que protegían en otro tiempo su castillo morisco.

Las descripciones distendidas sobre el paisaje del camino nos ayudan conocer el paisaje de los caminos por el que se llega a la ciudad. La inexistencia de cualquier tipo de rastro de cultura, la monotonía del paisaje, o la visión de la ciudad desde lejos son aspectos muy interesantes a tener en cuenta. En el caso de Richard Ford en sus relatos nos indica cuál es el acceso más importante en la ruta que te lleva a Murcia:

Ahora entramos en la provincia de Murcia, el camino real que conduce a Lorca va por la sierra del Puerto, pero el viajero

debiera desviarse por la montaña izquierda, pasando junto al noble castillo de Xiquena y cenando en la venta que hay en la otra orilla del río y más allá de los pintorescos molinos.

Este autor nos presenta el relato en forma presente y nos hace incluso sugerencias de cuál es la mejor ruta para acceder a la ciudad y cuál es el mejor sitio para alojarnos.

Es interesante observar cómo se va precisando la información sobre los destinos que visitan los viajeros. En muchos casos tienen una relación directa con el motivo del viaje. Por ello, los libros que después escriben son denominados *literatura de viajes*, que en este último periodo presentan un perfil más orientado a libros-guías de turismo pensados para aquellos que quieran viajar a España.

3.2. Historias, cuentos y leyendas

Juan Álvarez de Colmenar pasó por Lorca en el siglo XVIII y recoge en sus crónicas una historia sobre la venganza de los moros expulsados de España, que consistía en realizar incursiones por mar. Un grupo de estos corsarios entraron hasta el campo de Lorca y apresaron una manada de caballos y a la persona que los cuidaba, a la que le permitieron ir a caballo en la huida para ser más rápido el camino, eligiendo una yegua en celo. Pero este muchacho que cuidaba los caballos pudo huir tomando el camino hacia Lorca y, para sorpresa de los captores, todos los caballos que montaban fueron tras de la yegua hasta las puertas de Lorca, donde los hicieron presos. Dicha historia fue contada por lorquinos con el afán de resaltar las cosas extraordinarias que allí acontecían. La fortuna estaba en esa tierra y la valentía e inteligencia de sus lugareños se hacía notar: el muchacho que seduce a sus captores para que le dejen ir a caballo y la huida sin pensar en si le capturaban (*e hincan-*

do espuelas galopó). Podemos creer que el cronista transmite en este relato la misma fuerza de aquel que se lo contó.

Otras referencias e historias de interés son las referidas a la fundación de la ciudad de Lorca. La primera de ellas se realiza en los viajeros que pasaron por Lorca durante el siglo XVIII. Juan Francisco Peyron realiza una breve referencia hacia este tema: *Esta ciudad –dicen– es la antigua Elicroca del itinerario de Antonino...* Durante el siglo XIX será Alexandre Laborde el que hace referencia a este tema, pero en este caso la referencia es mucho más extensa. Se indica la fecha en la que fue fundada, refiriéndose a ésta, como el año después de la destrucción de Troya, en la que *Elio Urzues*, troyano, huyó de dicha catástrofe hasta las costa de España donde fundó una ciudad, que llamó primero Elio y luego pasó a llamarse Elicroca. Esta historia sobre la fundación de la ciudad sólo es mencionada en dos ocasiones por los viajeros extranjeros que pasaron por la localidad. Este hecho llama considerablemente la atención, ya que en la actualidad esta historia aparece en todo el material turístico-promocional del municipio.

Entrados ya en el siglo XIX Richard Ford también hace referencia a este tema pero de forma muy breve: *...Siguiendo las huellas de este dique roto durante dos leguas a Lorca (Elicroca, Lorcáh)...* En este mismo siglo Charles Daviller hace una nueva referencia al antiguo nombre de Lorca: *El antiguo nombre de Elicroca fue cambiado por los árabes en el que aún lleva hoy.*

3.3. Referencias arquitectónicas

Durante el siglo XVIII las referencias que se llevan a cabo hablan del estado de la fortaleza. La primera referencia que encontramos es la que hace Alhamad Al Gazzal que escribe:

Esta población está construida sobre la roca de un monte alto y las casas han ido ascendiendo por su ladera ocupando

aproximadamente un tercio de esa pendiente. En la cumbre de dicho monte hay una alcazaba de los musulmanes que tiene varias torres, ahora derruidas y de las que no queda más que las paredes, excepto una torre que se encuentra en el centro de la alcazaba, la cual no ha sufrido alteración alguna. Tiene ésta 64 escalones y acaba en una elevación de cuatro cúpulas, que están tal como las dejaron los antiguos musulmanes. Hay también allí restos de casas que han perdurado hasta el momento presente, así como el aljibe, de una longitud y anchura máximas, que almacenaba el agua de las lluvias.

La época de guerras ha finalizado y la visión que se tiene del castillo es de un edificio en ruinas a excepción de la Torre Alfonsina que permanece indemne al paso del tiempo. Ésta es una de las narraciones que aporta detalles sobre la edificación contando el número de escalones que tiene con el fin de aportar información sobre las dimensiones de dicho edificio, así como de otro tipo de construcciones como son la vivienda que se encuentran dentro de la fortaleza y un aljibe que servía para almacenar agua.

Otro aspecto que nos parece interesante mencionar es la visión que se tiene del castillo que es el primer edificio que se ve a lo lejos y que anuncia la llegada a la ciudad. Así lo vemos en el texto de Muhammd B. Utamam Al-Miknasi:

Está asentada al pie de una montaña que corona una gran alcazaba construida por los antiguos musulmanes. Dicha alcazaba tiene un alta torre que pudimos divisar mucho antes de llegar a la ciudad.

Durante el siglo XIX las descripciones son más detalladas como es propio de este periodo literario. Alexandre Laborde nos dice:

Apenas quedan hoy vestigios de las murallas que formaban el recinto de su antiguo castillo que dominaba la población; pero se conserva intacto su alcázar: es de una magnitud bastante regular con salones magníficos, y el piso bajo suele servir de almacén de pólvora.

La descripción se acerca a la realidad actual, manifiesta la belleza del edificio y define las distintas estancias y el uso que se podría dar a las mismas. Cuando se habla del interior del edificio podemos pensar que el autor ha visitado el interior de la torres y que por ello, habla del mismo. Otro de los aspectos interesantes que observamos en la literatura de viajes de esta época es principalmente la suma de los elementos que conforma el paisaje y que hacen que adquiera ese poder tan singular que gusta al viajero. Henry D. Inglis escribe: *...y el emplazamiento de Lorca, junto a las montañas que la rodean por el oeste, con el viejo y magnífico castillo que domina, viene a sumarse a la belleza del paisaje.* Son estas referencias literarias las que ayudan al lector a situarse en el lugar en el que se encuentra el viajero.

Richard Ford en referencia al castillo escribe los siguientes datos:

El castillo macizo es todavía único en su género y merece la pena visitarlo. La torre del Espolón y largas líneas de murallas son de origen árabe. La llamada Alfonsina es española y fue construida por Alfonso el Sabio, quien dio a la ciudad sus armas: una llave en una mano y espada en la otra.

En muchos casos los datos que aporta el autor son las referencias históricas que recoge del lugar que visita. De este modo observamos cómo el autor diferencia las zonas del castillo que son de época musulmana de las que son posteriores y que denomina *españolas*. Charles Davillier escribe en 1862 sobre el

castillo: *En la vertiente del Monte de Oro se encuentra construida la antigua ciudad árabe, de la que aún quedan las torres cuadradas y los muros almenados en ladrillos de tono rojizo.* Las descripciones continúan aportando distintos detalles del castillo, pero en este caso el autor no indica que las torres terminan en almenas. Estas descripciones son los elementos que luego han ayudado a la reconstrucción y rehabilitación de los edificios.

Debemos mencionar que las referencias al castillo de Lorca, para nuestro asombro, son escasas teniendo en cuenta el simbolismo con el que cuenta en la actualidad. Cabe pensar que la percepción que haya podido tener el viajero es de ruina abandonada que simboliza una época de lucha y batalla ya pasada.

A su vez nos transmite que el lorquino no presenta en ningún momento la gran importancia de este elemento arquitectónico y el simbolismo que pudiera inspirar. Por ello, pensamos que el lorquino ha vivido de espaldas al castillo y a la historia de su tierra.

BIBLIOGRAFÍA.

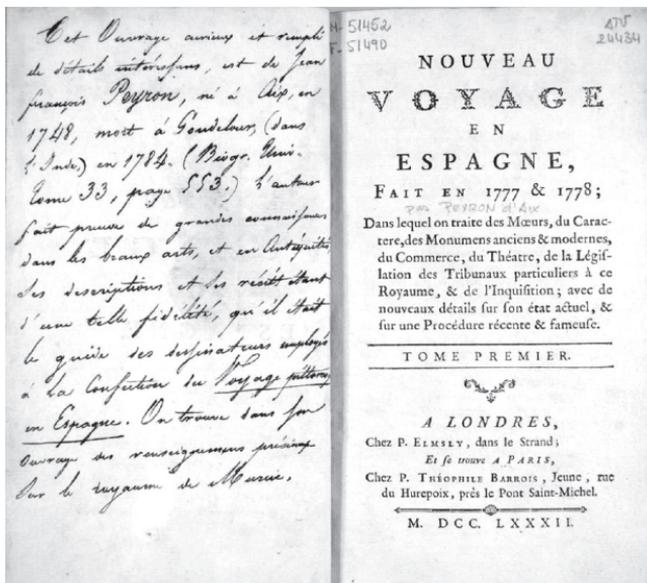
- GARCÍA MERCADAL, J. (2ªed., 1999), *Viajes de Extranjeros por España y Portugal*, Consejería de Educación y Cultura, Junta de Castilla y León, Salamanca.
- DORÉ G. Y DAVILLER CH. (1982), *Viaje por España (1862)*, Amajana Ediciones, Madrid.
- CAMERON A. (2003), *El Bajo Imperio romano (284-430 d. C.)*, Ediciones Encuentro, Madrid.
- COLLINS R. (2000), *La Europa de la Alta Edad Media*, Akal, Madrid.
- DROYSEN, J. G.(2001), *Alejandro Magno*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- GOZALBES CRAVIOTO, E. (2003), *Viajes y Viajeros en el Mundo Antiguo*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca.
- HOMERO: *Odisea*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid 2005. Introducción de Manuel Fernández-Galiano.
- MACKINTOSH-SMITH, T. (2005), *Viajes con un tangerino. Tras la huellas de Ibn Batuta*. Alianza Editorial, Madrid.
- MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de La Mancha*, Edición del Instituto Cervantes 1605-2005. Dirigida por Francisco Rico.
- ROLDÁN J. M. (1994), *El imperio romano. Roma y la Conquista del mundo mediterráneo (264-133 A. C.)*. Editorial Síntesis, Madrid.
- VV. AA. (2005), *Edad Media. Historia de España*. Ariel. Barcelona.
- ZULUETA, J. M. (2002), *Viajeros hispanoamericanos (1890/1904)*. Universidad de Cádiz y Ayuntamiento de Cádiz. Cádiz.
- CAPEL, H. (1985), «Geografía y arte apodémica en el siglo de los viajes», en *Revista Cuadernos Críticos de Geografía Humana* nº 56. Barcelona.
- SERRANO, M. M. (1993), «Viajes y Viajeros por España», en *Revista Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, nº 98. Barcelona.



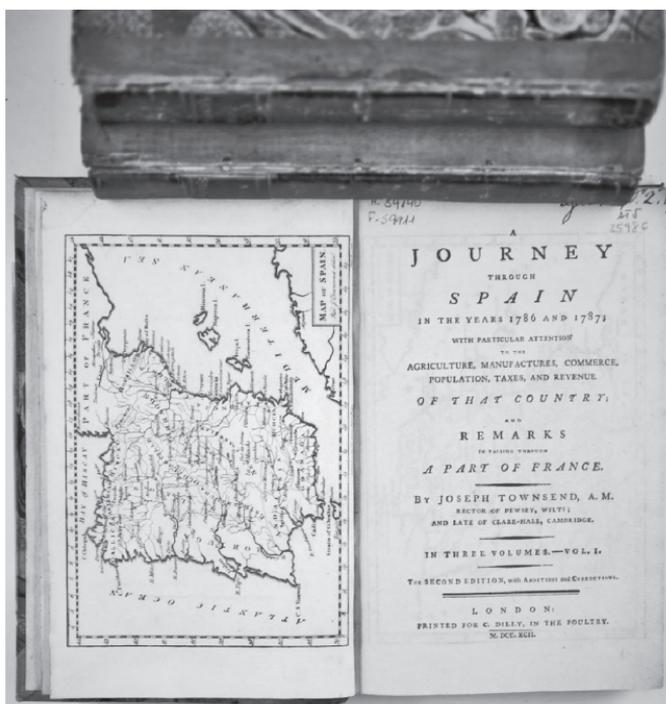
JUAN ÁLVAREZ DE COLMENAR

Anales de España y Portugal³³
Les Delices de l'Espagne & du Portugal

³³ Título muy conocido y valorado del que, independientemente de su valor histórico-descriptivo, hay que destacar los grabados «a la talla dulce» que le convierten en una joya bibliográfica. Encuadernación original en piel, con escudo heráldico dorado y lomo nervado con decoración geométrica. En 1829 firma autógrafa de Charles de Heinsberg. <http://217.11.98.13/expo/1/>. *El viaje por el ayer. Siglos XVI, XVII, XVIII.*



JUAN FRANCISCO PEYRON
 Nuevo Viaje en España en 1772-1773



JOSÉ TOWNSEND
Viajes a España en los años 1786 y 1787³⁴

³⁴ <http://21711.98.13/expo/1/>. *El Viaje por el ayer. Siglos XVI, XVII, XVIII.*

**Viaje a la memoria
a través de la fotografía**

José Fernando Vázquez Casillas

*La cámara es mi herramienta. A través de ella
doy una razón a todo lo que me rodea.*

ANDRÉ KERTESZ¹

La fotografía de reportaje social nos ayuda a volver al pasado de una forma directa; en este sentido, su propia naturaleza la convierte en *fuentes primarias* de conocimiento. La información que contiene en su estructura es un documento de primer orden del transcurrir de la vida en general. En ello han tenido mucho que ver los fotógrafos documentalistas, autores que buscan su imagen ideal en ese territorio que proporciona la propia vida, la propia existencia. El mundo, para este individuo, es un espacio de indagación personal, con lo que todos aquellos realizadores que ponen su mirada en la cotidianidad de un pueblo se convierten directamente en parte de la cultura visual del mismo. Justamente, su labor es un archivo valioso para conocer realidades desaparecidas u olvidadas en el tiempo.

1. Los acontecimientos sociales públicos

Las imágenes, como la historia escrita, recogen todos los acontecimientos que conforman la idiosincrasia de una sociedad, la representan directamente. Toda época y lugar son susceptibles de manifestar un carácter histórico. Así pues, las representaciones de un momento concreto, tengan el trasfondo que tengan, ganan con el distanciamiento temporal el componente de fuente de la memoria. Y es que, pasado el tiempo, una imagen multiplica su valor textual, puesto que, además de lo representado, queda al descubierto toda la información subyacente que el artífice captó en ese momento. En este aspecto, las fotografías de conflictos bélicos y de paisajes naturales e industriales son importantes para la composición de lo que somos o fuimos, para la reconstrucción de nuestra cultura.

¹ SONTAG, Susan, «André Kertesz», en *Sobre la fotografía*, Barcelona, Edhasa, 1996, p. 217.

1.1. Lo bélico

Dentro de estas coordenadas es de gran interés destacar el ejercicio de dos maestros de la fotografía de la región de Murcia como son José Rodrigo y Cristóbal Belda. Trabajos que ilustran tanto el excelente vocabulario documental del que hacen gala como la substancial información que contienen sus realizaciones.

José Rodrigo y el Cantón de Cartagena, 1873

En este sentido, uno de los ejemplos excepcionales lo encontramos en José Rodrigo, fotógrafo trascendental para conocer el desarrollo de la fotografía en Murcia². Es en la ciudad de Lorca donde localizamos a este realizador, que se presenta como un autor de primer orden dentro del acontecer fotográfico nacional. Su trabajo, encuadrado entre 1864 y 1916, muestra a un ejecutor de excelente calidad que marca la diferencia en el momento. Luego,

² NAVARRO-CASETE, José Rodrigo (Lorca, 1837-1916). José Rodrigo es una de las figuras relevantes de la fotohistoria murciana. Comienza, a finales de la década de los cincuenta del siglo XIX, a aprender el oficio de fotógrafo, extendiendo su instrucción hasta los primeros años de los sesenta. En primer lugar pasa por la ciudad de Valencia para, posteriormente, tener como maestro al francés Leopoldo Rovira, establecido en Barcelona. Tras este periodo, en 1864, se instala de forma independiente en Lorca como fotógrafo, teniendo su estudio en la calle Rubira, lugar desde el que ejerce como retratista, alcanzando un alto reconocimiento. En 1874 participa en la exposición organizada por la Sociedad Económica de Amigos del País, hecho que le permite utilizar en sus imágenes, a partir de ese momento, el escudo de la Sociedad. Es en ese mismo año cuando deja la localidad para instalarse en Cuevas (Almería), donde sigue ejerciendo el oficio. No obstante, continúa manteniendo contacto con su ciudad de origen, así como con otras (Vera, Garrucha o la propia Almería, de la que deja excelentes ejemplos en sus trabajos fotográficos). Ese contacto mantenido con su ciudad natal tiene como resultado su presencia en la exposición de 1876 organizada por la Sociedad Económica de Lorca, en la que es galardonado con la medalla de plata, acto que incorpora al dorso de sus realizaciones. En 1884 vuelve definitivamente a su tierra y se sitúa en la calle Águila, 20, local desde el que ejerce hasta su fallecimiento en 1916. Tras su muerte se hace cargo de su taller su aprendiz Pedro Menchón Peñas. Su obra se conserva en el Archivo Municipal de Lorca (Archivo Menchón-Rodrigo).

dentro de su producción, aparte de la recurrente labor de estudio, es importante destacar sus fotografías en la calle. De este modo, en 1873 perpetúa para el futuro el resultado del asedio bélico al que es sometida la Cartagena cantonal. Es consciente del valor de las imágenes que compone, por lo que toma el transcurrir de un instante para inmortalizar hechos que a posteriori serán históricos. Este conjunto de imágenes, posiblemente, es comercializado como tarjeta postal³.

Cristóbal Belda y la Junta Delegada de Incautación, Protección y Salvamento del Tesoro Artístico de Murcia, 1937-1939

Al igual que el anterior fotógrafo, Cristóbal Belda también posa su cámara fotográfica en el devenir de la sociedad contemporánea. Precisamente, además de la labor de estudio, deja un interesante archivo de imágenes de Murcia que recorre gran parte del siglo XX. De la misma forma, comercializa desde su La

³ Tras estos acontecimientos comienza a vender diferentes representaciones tanto en series como en carpetas, aspecto que le convierte en uno de los primeros profesionales que inicia la producción y venta de fotografías con formato de tarjeta postal, en las que como manifestación primaria encontramos temas lorquinos —posteriormente, sus clichés son utilizados por diferentes distribuidoras, así como por su discípulo Pedro Menchón—. En este contexto debemos señalar que destacan en su labor sus vistas de la ciudad y alrededores, a la par que sus composiciones de Semana Santa. Estas últimas se emiten bajo el nombre de *Procesiones de Semana Santa en Lorca* editadas por *El Diario de Avisos* en colaboración con Hauser y Menet entre 1903 y 1907 (MERCK LUENGO, José Guillermo, «Fotopostales Rodrigo. Lorca», en *Postal de Murcia: catálogo de arte y documento*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1993, p. 139). Del mismo modo, dentro de su producción hallamos encargos específicos de fotografía como el realizado para la ilustración de *Murcia y Albacete*, de Amador de los Ríos, que edita Daniel Cortazo en 1889 (AMADOR DE LOS RÍOS, Rodrigo, *Murcia y Albacete*, Barcelona, Daniel Cortazo, 1889. Ed. facsimil: Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007). Tal cometido tiene su eco en la prensa y son recogidas las estancias del autor en las distintas localidades por las que va realizando fotografías, sobre todo cuando se trata de monumentos insignes como la catedral de Murcia («Noticias», *La Paz de Murcia*, 21 de febrero de 1889).



Martínez-Blaya. *Trabajadores Refinería de Escombreras*. Cartagena. h. 1952. Archivo Centro Histórico Fotográfico de la Región de Murcia. CEHIFORM

boratorio Belda postales de la ciudad⁴. Dentro de su producción va a desempeñar un importante papel la obra del escultor Salzillo. Imágenes que, pasado el tiempo, se siguen comercializando, incluso desde el propio Museo Salzillo en los años sesenta⁵. Y es que este autor va a tener en su trayectoria una preocupación constante por el arte en general, inquietud que le lleva a recopilar todo tipo de documentación de carácter histórico-artístico impresionada en viejos clichés de antiguos fotógrafos, así como a reproducir personalmente diferentes obras de arte, como son las ya mencionadas famosas fotografías de los salzillos. Igualmente, durante los años de la Guerra Civil, entre 1937 y 1939, realiza cientos de imágenes para la Junta de Incautación de Murcia, fotografiando las obras artísticas que son incautadas y depositadas, con motivo del conflicto, en el Museo de Bellas Artes de la ciudad de Murcia y posteriormente en la catedral⁶.

Este archivo documental es trascendental como fuente para la investigación de la historia en general y del arte en particular, puesto que, además de la catalogación de las obras artís-

⁴ BELDA NAVARRO, Cristóbal (Murcia, 1900-1971). Cristóbal Belda personifica en la ciudad de Murcia la figura del artista fotógrafo. Su formación la obtiene de la mano de Francisco Miralles, con el que aprende el oficio en la segunda década del siglo XX. No obstante, no limita su instrucción al ámbito fotográfico exclusivamente, sino que su preocupación por su educación teórica y práctica le lleva, en los años veinte, a cursar estudios de pintura en la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid. En este sentido, sus conocimientos artísticos se evidencian en toda su producción fotográfica tanto en los aspectos compositivos como en el ámbito de la iluminación de las imágenes, en las que el autor goza de una gran maestría. A lo largo de su trayectoria profesional, su estudio se emplaza en distintos puntos de la ciudad de Murcia: en un primer momento, en la calle Trapería; posteriormente, en Marín Baldo, 2; finalmente, en Pascual, 12.

⁵ MARÍN TORRES, María Teresa, «Salzillo a través de la fotografía», en *Paseos por el amor y la muerte*, Murcia, Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, 2007, p. 12.

⁶ En el Museo de Bellas Artes se encuentra depositado el gran conjunto de negativos encargados por la Junta de Incautación en la época de la Guerra Civil; éstos se pueden circunscribir al periodo comprendido entre 1937 y 1939. Los negativos reproducen el patrimonio histórico-artístico que la Junta reúne bajo su protección y para su salvaguarda en dicho centro; se fotografian pinturas, esculturas, platería, edificios, etc. El archivo cuenta con mil quinientos veinticuatro negativos.

ticas de la región de Murcia, queda recogido todo el proceso de salvamento de las mismas durante la guerra.

1.2. Lo natural

Dentro de los esquemas sociales, los acontecimientos naturales marcan de una forma importante nuestro suceder, ya que la naturaleza como tal conforma nuestra propia existencia. En este viaje a la memoria es interesante destacar el ejercicio de dos realizadores significativos para nuestra fotohistoria particular como son Juan Almagro y José Casáu: trabajos que demuestran fehacientemente la excelente narración documental de estos realizadores.

Juan Almagro y la inundación de Santa Teresa, 1879

Al igual que sucede con Rodrigo en Lorca, en la ciudad de Murcia hallamos un modelo importante en Juan Almagro, ejemplo del cambio notable que está experimentando el oficio de fotógrafo en esta zona⁷. Juan Almagro se inicia en el mundo de lo fotográfico hacia 1873. Con su labor personifica también al autor que traspasa las paredes de su estudio para realizar

⁷ ALMAGRO ROCA, Juan (Pacheco, Murcia, 1837-1899). Juan Almagro ostenta una cultura elevada como corresponde a quien se ha formado cursando estudios en el Seminario. En este sentido, hacia 1855 decide entrar en esta institución, siendo ordenado sacerdote en 1870. Sin embargo, dos años después aparece secularizado y en 1873 ya obtiene el primer premio de fotografía de la Exposición Universal de Viena, con lo que son esos los años en los que se establece como fotógrafo. Entre sus nociones, igualmente, tiene conocimientos de pintura y de química, que sin duda alguna le son muy útiles para su inicio en esta profesión. Su centro de trabajo está situado en la calle Torreta, 5 de la ciudad de Murcia, local desde el que ejerce el oficio. En 1873 es galardonado en la Exposición Universal de Viena; en 1878, en una exposición en París; y en 1885-1886, en Zaragoza. Del mismo modo, sus famosos reportajes de acontecimientos murcianos son grabados por *La Ilustración Española y Americana*, así como sus estudios alrededor de la imaginaria de Salzillo.

imágenes en la calle y, lógicamente, comercializarlas. Así, asume los nuevos espacios en los que se mueve la fotografía y produce vistas de monumentos o esculturas, muchas de las cuales vende posteriormente en su estudio⁸. De este modo, cuando en 1879 sucede la riada de Santa Teresa, su cámara permanece atenta a todo el acontecimiento y lo inmortaliza para siempre⁹. Como afirma María Manzanera: *Juan Almagro hizo un magnífico reportaje fotográfico desplazándose por todas las zonas inundadas para fotografiar los daños ocurridos*¹⁰. De su ejercicio toma buena cuenta *La Ilustración Española y Americana* y publica grabados que tienen como base las imágenes de Almagro¹¹.

José Casáu y la inundación de Cartagena, 1919

Del mismo modo, es interesante destacar la figura de José Casáu, ya que encarna en su persona la búsqueda exhaustiva de la

⁸ En este sentido, en el ya mencionado 1873 presenta en la Exposición Universal de Viena un magnífico trabajo fotográfico que tiene como temática diferentes aspectos de esta zona. Dicho trabajo es producto del encargo que le hace la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Murcia (MANZANERA, María, «Viena 1873», en *La imagen transparente: comienzos de la fotografía en la ciudad de Murcia, 1840-1920*, Murcia, Cajamurcia, Fotoencuentros, 2002., p. 101). El conjunto queda encuadrado en un álbum que contiene 26 vistas de Murcia y también algunas de Cartagena, insistiendo en la catedral de la capital, icono para gran parte de los fotógrafos tanto locales como foráneos. Del mismo modo, en 1878, como bien dicen las fuentes documentales, termina la reproducción de gran parte de la obra escultórica de Salzillo («Noticias», *La Paz de Murcia*, 18 de agosto de 1878). Ejercicio que pone al alcance de todos los murcianos ofreciendo copias en la casa de Claúsal, tienda en la que se ofertan, además de este trabajo, vistas de la ciudad y de tipos huertanos («Anuncios», *La Paz de Murcia*, 17 de enero de 1884). Prueba del interés que levanta la temática de Salzillo es que aún en 1899, año en el que fallece Juan Almagro, los hermanos de éste siguen comercializando las fotografías realizadas tiempo atrás, al igual que las vistas de la ciudad o los tipos de la huerta («Anuncio», *Diario de Murcia*, 16 de junio de 1899). Igualmente, su faceta documental trasciende el mero hecho comercial de la postal o la reproducción fotográfica y atiende a asuntos del devenir de la propia ciudad, en este caso ejerciendo como reportero gráfico.

⁹ «Noticias», *La Paz de Murcia*, 21 de noviembre de 1879.

¹⁰ MANZANERA, María, «15 de octubre de 1879: el terror de las aguas», en *La imagen transparente: comienzos de la fotografía en la ciudad de Murcia, 1840-1920*, ob. cit., p. 127.

¹¹ Véase: *La Ilustración Española y Americana*, año XXIII, número XL, 30 de octubre de 1879.



Fernando Navarro. *Retrato de Grupo con difunta*. Sotana, h. 1900. Archivo Centro Histórico Fotográfico de la Región de Murcia. CEHIFORM

«imagen testimonio» en todos sus sentidos, sin menospreciar en ningún momento la calidad expresiva de la misma¹². Precisamente, su aproximación a lo fotográfico tiene su impulso en el auge que experimenta la tarjeta postal desde los primeros años del siglo XX¹³. Y es que es el deseo de una mejora económica el que propicia su contacto con la venta de postales hasta llegar a producirlas él mismo a través de sus trabajos hacia la década de 1910. Este acto comercial y su interés por todo lo que sucede en los diferentes ámbitos sociales de su ciudad le convierten, desde la segunda década del siglo, en uno de los más importantes documentalistas de la región. No deja pasar ningún acontecimiento sin posar su mirada creativa en él¹⁴. Como señala Merck Luengo: [...] *no desperdició ninguna «luz-acontecimiento» para transformarla en series de postales de Cartagena al servicio: A) del público, B) prensa nacional, y C) agencias extranjeras de información*¹⁵. Por tanto, dentro de su producción destaca de una forma significativa (aunque su labor de estudio también es muy interesante) su trabajo de calle, que ya definitivamente no es una excepción entre los autores, si bien este maestro marca la diferencia con muchos de ellos por su gran ca-

¹² CASAÚ ABELLÁN, José (Lorca, 1889-Cartagena, 1979). José Casáu se acerca al mundo de la imagen por la necesidad de mejorar su condición económica. Es esta necesidad la que le lleva a abrir, en 1911, su primera tienda-estudio en la calle Osuna de Cartagena, actual Cañón, 3, para trasladarse, posteriormente, a la calle Mayor, 13. Talleres de los que sale un grupo de fotógrafos que extiende el oficio por toda la ciudad. Entre todos los allí formados se hallan Juan Martínez Blaya, Antonio López Pérez, José Abellán o Mario Cervantes. La temática representada en sus composiciones comprende desde el reportaje social hasta el desnudo femenino, pasando por la documentación del puerto de Cartagena, así como el retrato de estudio. Parte de su trabajo, puesto que su archivo sufre dos pérdidas a causa de inundaciones, se encuentra depositado en el Centro Histórico Fotográfico de la Región de Murcia, CEHIFORM.

¹³ MARTÍNEZ, José Francisco y DÍAZ BURGOS, Juan Manuel, «El siglo XX y la diversificación de la actividad fotográfica», en *Fotografía en la Región de Murcia*, Murcia, Dirección de Proyectos e Iniciativas Culturales, Centro Histórico Fotográfico Región de Murcia, Caja de Ahorros del Mediterráneo, 2003, pp. 64-66.

¹⁴ Como ejemplos de esta particularidad pueden verse: «El monumento y S.S. M.M.», *El Porvenir*, 19 de enero de 1924; «Aniversario de la coronación de la patrona», *La Voz de Cartagena*, 23 de abril de 1924; «Semana Santa de Cartagena. Casáu», *Cartagena Nueva*, 19 de abril de 1930.

¹⁵ MERCK LUENGO, José Guillermo, «José Casáu Abellán (1889-1973)», en *Postal de Murcia: catálogo de arte y documento*, ob. cit., p. 120.

lidad y sentido plástico, dejando perpetuada la imagen de Cartagena de los años veinte y treinta. De esta forma, pone su atención en los acontecimientos que suceden en la ciudad, como fue el caso de la inundación de 1919, y deja un importante registro documental de todo lo que sucede en la metrópoli, que, pasado el tiempo, se confirma como un documento de gran valor para la recomposición de nuestra historia más personal.

1.3. Lo industrial

Paralelamente a lo expuesto, hallamos otro trasunto social que nos afecta directamente como grupo. Nos referimos a las construcciones y remodelaciones de lo urbano. La fotografía aquí juega un papel vital, ya que sirve de memoria en todos los sentidos del término: tanto del desarrollo de obras como del cambio experimentado por las mismas. Así, se presenta como otro de los ejemplos más significativos para la rememoración del devenir de una metrópolis. En este aspecto, es valiosa la obra de documentación realizada por el centro fotográfico Martínez-Blaya en la ciudad de Cartagena.

Martínez-Blaya y la construcción de la refinería de petróleo de Escombreras

Dentro de la búsqueda de la imagen como fuente de la memoria, como viaje al pasado, destacan igualmente los ejercicios realizados por Juan Martínez Blaya y Antonio López Pérez, autores que fundan la galería Foto-Estudio Martínez-Blaya¹⁶. Desde este

¹⁶ MARTÍNEZ BLAYA, Juan (¿?) y LÓPEZ PÉREZ, Antonio (¿?, 1907-Cartagena, 1992). Estos creadores tienen como punto de unión y encuentro la tienda-estudio de José Casáu, local donde coinciden y del que parten para montar el suyo propio. Juan Martínez Blaya entra en el comercio de Casáu hacia 1925 para recibir su formación fotográfica. Mientras tanto, Antonio

establecimiento ejercen una importante labor comercial en el campo de la imagen fotográfica. El retrato, en todas sus variantes, es su espacio preferente de acción, donde presentan una figura digna y con gran calidad en el retoque, que conecta directamente con la demanda de la propia clientela. Al mismo tiempo, en los años sucesivos a la posguerra, realizan un significativo trabajo documental, ejercicio relacionado con los encargos privados que reciben. En este aspecto, es interesante destacar la crónica en imágenes que efectúan sobre la construcción de la refinería de petróleo de Escombreras, a través de la que dejan un legado documental que forma parte ya de la intrahistoria de Cartagena¹⁷. En todas ellas localizamos con gran detalle el cambio social que experimenta esta zona durante los años cuarenta y cincuenta del siglo XX.

2. Los acontecimientos sociales privados

Para conocer a Murcia tal como es debemos recurrir a las colectivo social. La fotografía es uno de los discursos artísticos que se ha acercado con mayor acierto a la sociedad en general. Gracias a ella todos tienen acceso a la representación grupal, a la significación como ciudadanos —las viejas galerías de cristales, lugares

López Pérez obtiene las primeras lecciones del oficio de la mano de su padrastrero Francisco Uclés, fotógrafo que realiza dicha labor en Manzanares. Su llegada a Cartagena viene propiciada por su incorporación al servicio militar en esta ciudad. Por tanto, es hacia 1926 cuando entra en contacto con la fotografía de la localidad y pasa a formar parte del equipo de ejecutantes del estudio de Casaú. Tras la estancia de estos dos artifices con Casaú, y ya plenamente instruidos, en 1930 ambos abandonan la empresa e independizan su producción. En este sentido, inauguran un estudio personal que abre sus puertas en la calle Jara, 41, bajo la denominación Martínez-Blaya.

¹⁷ El local Martínez-Blaya se convierte también en espacio docente de diferentes profesionales, dentro del cual se gesta una saga fotográfica de un valor fundamental para la fotografía de la región de Murcia. Tras el fallecimiento de Juan, Antonio mantiene el nombre de la firma comercial a la vez que aumenta el equipo con sus hijos José, en 1955, y Antonio López Ruiz, en 1959, grupo que se acrecienta en el último cuarto de siglo con la incorporación de sus descendientes. (En la actualidad dicha firma sigue en activo, ejerciendo el oficio de fotógrafo la tercera generación, compuesta por Antonio López Matero y José López Sarget.)



José Casau, Salto desde el Club de Regatas. Cartagena. h. 1925.
Archivo Centro Histórico Fotográfico de la Región de Murcia.
CEHIFORM

desde los que ejercen los fotógrafos en los primeros tiempos, se pueblan de ciudadanos que reclaman su retrato—. En este sentido, viene a mitigar los anhelos de un colectivo que reclama para sí un medio de reconocimiento, de reafirmación del ser. Son estas representaciones las que nos inducen a viajar a nuestro propio pasado en general, a indagar y conocer lo que somos en realidad. En este contexto, la muerte y la vida (en abstracto) son el centro neurálgico en el que apoya su presencia este tipo de manifestaciones, puesto que el recordatorio de la memoria de un ser próximo es su principal punto informativo.

Fernando Navarro y la muerte, 1896-1916

El retrato en general forma parte del deseo que tienen los seres humanos, desde tiempos remotos, de contemplarse a sí mismos a través de la interpretación de su propia imagen¹⁸. De la misma forma, cumple con la aspiración de dejar testigo firme de su particular existencia. En este sentido, el retrato de difuntos ha sido uno de los terrenos de acción característicos de los primeros tiempos del desarrollo de lo fotográfico. Este medio sirve de sustento económico para un considerable número de fotógrafos desde finales del siglo XIX y principios del XX. Y es que la muerte, como símbolo, encuentra un lugar destacado de representación —no olvidemos que el recuerdo del ser querido ha sido uno de los iconos temáticos de lo artístico desde la antigüedad—.

Dentro de este contexto universal situamos la figura de Fernando Navarro. Sus comienzos en este ámbito datan de 1885, instante en el que abre su estudio fotográfico en la calle San Cristóbal, 18 de Totana; local en el que permanece hasta 1916, cuan-

¹⁸ FRANCASTEL, Galinene, y FRANCASTEL, Pierre, «Introducción», en *El retrato*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1995, p. 11.

do cesa su actividad en el oficio¹⁹. Como consecuencia, el grueso del trabajo efectuado por este realizador queda encuadrado en treinta años de actividad, en los que el retrato de estudio, tanto individual como de grupo, con una especial atención al retrato de difuntos, son el eje principal de su producción. Este último caso se convierte en la época en un ejercicio común de los fotógrafos, puesto que las familias, en un afán por no perder la memoria del ser querido a través de la representación fotográfica, perpetúan la imagen del mismo para recuerdo de la familia. Igualmente, debemos tener en cuenta que la familia Navarro ofrecía un servicio completo asistiendo a los difuntos, ya que se encargaba de la realización del ataúd —no olvidemos que era carpintero—, de fotografiar al difunto y del transporte de la carroza fúnebre²⁰. De este modo, nos ha legado un elemental archivo de retratos de difuntos de gran calidad que constata una costumbre desaparecida ya en el tiempo.

Álbum familiar de la Región de Murcia

Otro de los apartados significativos para el viaje a la memoria a través de la fotografía son los *álbumes familiares*, objetos que son en esencia un archivo de recuerdos. Este elemento privado se ha posicionado a lo largo de los años como *testigo* de primer orden para el reconocimiento del grupo social en abstracto.

¹⁹ NAVARRO RUIZ, Fernando (Totana, 1867-1944). Fernando Navarro se aproxima al mundo de la imagen fotográfica por tres razones fundamentales, acordes con su época: una inquietud de experimentar con el nuevo procedimiento, la oportunidad que este medio le proporciona a la hora de realizar una obra artística de un modo más rápido que la pintura, y, quizás la más importante, la demanda de trabajo en la ciudad, hecho que le asegura un amplio ejercicio.

²⁰ Sobre este asunto puede verse: DÍAZ BURGOS, Juan Manuel, «Memoria de papel», en 1863-1940. *Fotografía en la Región de Murcia: la imagen rescatada*, Murcia, Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, Caja de Ahorros del Mediterráneo, 2001, p. 30; LÓPEZ, José Francisco, *Fernando Navarro, 1867-1944* (Colección Fotógrafos Región de Murcia), Murcia, Centro Histórico Fotográfico de la Región de Murcia (CEHIFORM), 2002.

Como consecuencia de ello, la historiografía ha puesto en valor estos recursos para estudiar, además de aspectos socioculturales, a autores o tendencias fotográficas. Y es que es evidente que todos hemos asumido que la fotografía es una fuente imprescindible para la comprensión del devenir del hombre, en todos los sentidos. Su creación, en el primer cuarto del siglo XIX, supone un substancial paso para el atesoramiento de los recuerdos, tanto es así que en ocasiones se la define como custodia de la memoria. Su carácter documental, discurso primario de esta técnica, la convierte en un arma eficaz de apoyo a la retención del pasado²¹.

Justamente, cuando se habla de *álbum familiar* en general, nuestra memoria, como reconocimiento lógico, nos retrotrae de forma inmediata a *imágenes-recuerdo*, aquéllas que se pueblan de elementos comunes para todo un colectivo, al menos en un mismo punto territorial: vacaciones, fiestas, reuniones familiares, lugares especiales... Todas ellas mantienen una constante: ser la reminiscencia de un grupo familiar. De hecho, es esta característica la que prevalece sobre la calidad del documento físico para poner en alza el instante temporal representado, la historia que encierra —el propietario de estos objetos los guarda por su contenido y no por su acabado técnico—. Sin embargo, el investigador de lo fotográfico ha puesto su punto de mira en todo lo implícito, en toda la información que subyace en una fotografía, en ese parámetro reflexivo inmenso en el que se inscriben estas composiciones. Pese a ese carácter a priori subjetivo, estas obras

²¹ Desde la segunda mitad del siglo XIX este recurso plástico tiene como una de sus cualidades intrínsecas la de ser usado como medio de documentación de la realidad. Consecuentemente, es utilizado para atrapar, a través de la técnica, lo que no se puede conseguir con otros recursos. Es el caso de la fotografía científica, la de viaje, el reportaje, etc. Su capacidad para capturar la realidad hace que sea empleada tanto para recoger aspectos sociales como culturales. Por todo ello, la andadura iniciada en el siglo XIX se amplía y se extiende durante el siglo XX, y se documentan todos los acontecimientos y lugares donde el hombre está presente. Y es que nada más hacerse público el daguerrotipo en París, en 1839, muchos realizadores comienzan la tarea de registrar el mundo con sus cámaras.

se convierten en herramienta de conocimiento de la propia historia de la fotografía, lo que genera directamente su extrapolación de lo particular a lo universal —las historias, en general, parten de lo específico a lo genérico, puesto que todo sucede en unas coordenadas concretas—²².

²² En este sentido, el Centro Histórico Fotográfico de la Región de Murcia, CEHIFORM, realiza el proyecto Álbum Familiar de la Región de Murcia, plan con el que salvaguarda el valioso legado fotográfico que atesoramos en nuestros hogares —ese legado que es el resultado evidente de la vida de un colectivo familiar—. Todo ello con el propósito de recuperar y analizar cientos de documentos comunes que son trascendentales para conocernos a nosotros mismos y para conocer nuestra propia identidad, manteniendo viva la historia personal, familiar o local de lo que somos (al fin y al cabo, todas estas imágenes de lo particular son fundamentales para la reafirmación de una comunidad, pese a no ser incluidas en las historias tradicionales, en muchas ocasiones). Por tanto, se recupera y conserva este valioso patrimonio gráfico para el futuro, extrayéndolo de lo privado a lo público, bajo la idea esencial de que estas obras constituyen la memoria real de una sociedad.



Cristóbal Belda. *Junta de Incautación del Tesoro Artístico Nacional*. Murcia. h. 1937. Archivo Museo de Bellas de Murcia.

Dibujando el tiempo

Soren Peñalver

Le temps pauvre et long...

Un jardin brûle

O. W. DE LUBICZ MIŁOSZ,

Adramandoni (1918)

Hará pronto ciento cincuenta años que el término «cronofotografía» fuera acuñado por Étienne-Jules Marey, en cuyo desarrollo trabajaron otros fotógrafos de la mitad del siglo XIX, como fueron Pierre Cesar Jules Janssen y Eadward Muybridge. Esta aplicación de la fotografía a la producción de imágenes sucesivas tomadas a intervalos produjo estudios que fueron utilizados por los pintores de ese tiempo para aplicar el movimiento a sus óleos y constituyeron el antecedente del cinematógrafo.

Consultando un poco la historia de la fotografía, tenemos la definición que Paul Strand hizo de ella como «la primera y única contribución de la ciencia al arte, que encuentra su razón de ser, como cualquier medio, en una completa unicidad de intenciones; es decir, en una absoluta e incualificable objetividad». Esto fue en 1917. Más de noventa años después, Veit Görner nos indica que desde que se ha digitalizado el medio fotográfico: «Es imposible dar una definición exacta del término fotografía. Los fotógrafos aficionados hacen fotos en pocos segundos, pero la utilización amateur de la cámara puede llevar, de forma no intencionada, a obtener las mejores fotografías».

Considero, personalmente, que el arte de la fotografía, en apariencia fácil, es uno de los artes más difíciles. Incluso para captar estas perspectivas e instantáneas, momentos cotidianos como escogidos al azar, edificios y rincones, escenas costumbristas y seres animados fijos y raptados al tiempo, se requiere un ojo inteligente, sensible, capaz.

A menudo, he escrito acerca de la fotografía. No hace mucho, acapararon mi atención los bellos motivos marinos de

«Amarrados en azul», una exposición que los hermanos José Carlos y Andrés Manuel Níguez, con poemas de Juana Hernández Conesa, colgaron en la Muralla Bizantina de Cartagena. Y también, las fotografías que el francés Jean Dieuzaide hizo en nuestra región, hacia 1951, con un espléndido primer plano humano propio de un filme neorrealista italiano de esos años (y que podemos visitar, hasta el nueve de enero próximo, en el Palacio Molina de Cartagena).

La muestra actual, «Murcia y Cartagena en las fotografías de Laurent y Loty, 1871 y 1930», me impresiona y llena de inquietud. Los lugares, los seres, sobre todo. Por ejemplo, la fotografía 57, «Murcia. Teatro Romea. 1930», con la presencia humana, representada en seis figuras (un grupo de tres hombres, que se alejan de la plaza; otro hombre, elegante y de oscuro, que avanza de frente; otro, con sombrero, apoyado en el edificio, en actitud de descanso; un niño único, solitario, captado en mitad de un círculo ajardinado, a la sombra de un árbol), esa presencia humana, repito, me sugiere una profunda interrogación. Pero, igualmente, el elemento arbóreo: los dos claros plátanos y no demasiado añosos, que columnaban el acceso a la entrada principal del teatro, han desaparecido, como también las dos casuarinas negriscentes y aparasoladas del frente. Anoche, después de contemplar esta fotografía, tomada por el portugués Antonio Passaporte (hace, exactamente, setenta y ocho años), conté expresamente el número de estos hermosos y misteriosos árboles sobrevivientes: en total, hay veinticinco rodeando el edificio; los seis traseros son visiblemente más jóvenes. Todos, ya, evidentemente han cumplido los cien años.

Hace ciento cuarenta y ocho años: hombres, mujeres, niños, con atuendos típicos huertanos, los trabajadores del mar cartageneros, el mar, fijo en su misterio; niñas de uniforme pobre jugando a la vera del convento de Santa Clara, que luego crecieron y desaparecieron tras su paso por la vida...

La luz, («phos», «photós»), el tiempo («khronós»): definiciones griegas; pero, también, escritura o dibujo («graphikós»), con la poesía y la música («Póiesis», «musiké», respectivamente), crean, en conjunto, este arte, el más fiel a los modelos y enigmático entre todos*.

*Texto leído el 25 de noviembre de 2008 en la presentación de la exposición *Murcia y Cartagena en las fotografías de Laurent y Loty, 1871 y 1930*, organizada conjuntamente por el Instituto del Patrimonio Cultural de España (IPCE) del Ministerio de Cultura y Fundación MAPFRE, con la colaboración del Archivo General de la Región de Murcia.

Viajeros y fotógrafos de la historia de Murcia

De entre todos los seres que habitan la creación, sólo el hombre es un viajero, un viandante que recorre el camino como recorre la vida. Es el Homo Viator. El viaje y el camino son un binomio que constituye uno de los temas mayores del arte, de la literatura, de la filosofía, de la historia... de la sustancia humana. Junto al viaje y el camino, la imagen, y la obsesión por capturar para contemplar y evocar lo que fue, y en ese mismo instante dejó de ser. Viaje y fotografía son siempre conmovedores, afectan a fibras íntimas y nos hacen ser lo que somos, y como somos. Y además, son un vivero constante de historias, como las que contiene este volumen que tienen en sus manos.



Tres Fronteras
EDICIONES